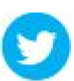
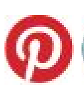
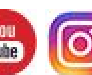
ELENA GARRALÓN

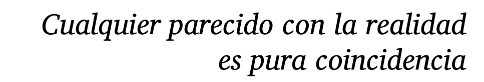
UNA NOMO DEL MONTÓN



Índice

You
Tube



Cualquier parecido con la realidad
es pura coincidencia

Capítulo 1

—Y vosotros, ¿para cuándo? —preguntó con alegría la flamante abuela.

De sus ojos irradiaba un brillo especial. Hice un gesto con la mano, como para cortar la conversación, y Alberto y yo afirmamos a la vez con voz tajante:

—Ya se verá.

Era nuestra forma educada de cambiar de tema, de decir a la persona que fuera: «¡Eh, oye, eso no es de tu incumbencia, forma parte de mi intimidad!». O, en un lenguaje más coloquial: «¡Y a ti qué te importa!». Pero pocas veces funcionaba. La gente parecía creerse con derecho a fisgar en los deseos de cualquiera.

Y más en situaciones como aquella.

Tendíamos a evitarlas, pero a veces no quedaba más remedio que apechugar, armarse de paciencia, ponerse la máscara de «ya se verá» y rezar para que ninguno de los dos perdiera los nervios y mandara a freír espárragos a alguna persona demasiado insistente y arruinar así el memorable momento.

Esta era una de esas ocasiones en las que no habíamos podido evitar acudir a la clínica a ver al bebé y felicitar a los nuevos y extenuados padres. Pablo era uno de los mejores amigos de Alberto y queríamos compartir su felicidad.

Pero compartir su felicidad no debería incluir que su madre nos arrinconase y nos martirizara con sus preguntas. No parecía que Pablo, que solo tenía ojos para su bebé, nos fuera a sacar del apuro.

Alberto y yo podíamos no estar de acuerdo en muchas cosas, como cuál es el momento idóneo en el que hay que sacar la basura —yo opino que no es necesario dejar que el contenido rebose por los bordes, él defiende que es una tontería desechar una bolsa donde aún cabe porquería— o cada cuánto hay que cambiar las sábanas —cada semana, ¿verdad? ¡Vamos, digo yo que no es necesario esperar un mes!—, pero coincidíamos en una cuestión muy importante: no queríamos tener hijos.

No es que odiásemos a los niños ni nada parecido —bueno, tal vez en ocasiones puntuales…, como cuando teníamos cerca uno que no paraba de gritar—, simplemente no nos apetecía tenerlos.

Pero nadie se contentaba con esa respuesta. Nos miraban como si de pronto tuviéramos dos cabezas, como si nos hubieran ofrecido unas vacaciones pagadas en un lugar paradisíaco y nos hubiéramos negado. La sociedad aún no está preparada para aceptar que no todas las parejas ansían tener hijos. Es más: la sociedad no está preparada para escuchar que una mujer con pareja no quiera ser madre. Si estás soltera, aún tienes una salvación: la gente pensará que no has encontrado a tu «hombre ideal» y que, pobrecita, se te va a pasar el arroz y estarás el resto de tu vida amargada. Como eso jamás te lo dirán a la cara, estás, como digo, salvada.

Si tienes pareja, prepárate. No tienes excusa.

Vi como Alberto lograba zafarse con bastante disimulo. En aquel momento me apeteció darle una patada. La abuela de la criatura se cernía sobre mí: me había convertido en su presa. Alberto me dirigió una mirada de disculpa, yo fruncí el ceño y él levantó el pulgar. Bueno, al menos prepararía él la cena esta noche.

—¡Pero se te va a pasar el arroz, Tamara! ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos —dije yo, con hastío.

—Bueno, aún tienes tiempo, pero no lo retrases mucho, cariño, o no vas a poder disfrutar de uno de estos —dijo, señalando al bebé que Pablo mecía en sus brazos.

Intenté sonreír.

—Ya, ya —mascullé.

De pronto, me agarró del brazo y, en un tono confidencial, me preguntó:

—No tendréis problemas, ¿verdad?

Arqueé las cejas, lo que ella debió de interpretar como una pregunta, porque explicó:

—Para concebir, ya sabes.

Quizá ahí estaba mi respuesta. Quizá si le decíamos a todo el mundo que yo era estéril nos dejarían tranquilos. Como en el caso de la «treintañera solterona», la gente sentiría lástima y no sacaría el tema. Puede que esa fuera la solución a nuestro problema.

Sin embargo, tan solo dije:

—Supongo que el diu tendrá algo que ver.

Ella abrió mucho los ojos, escandalizada por mi broma. Estuve a punto de disculparme, pero no lo hice. Al fin y al cabo, había sido ella la que había metido las narices en mis asuntos sin conocerme de nada.

Cuando por fin me dejó en paz, me dirigí hacia Alberto y la feliz pareja. Pude ver el amor en sus ojos mientras miraban a su hijo recién nacido.

—Dios, mira qué deditos tan pequeños —decía Pablo mientras se los acariciaba con una delicadeza que me pareció poco natural viniendo de aquel tío tan grande.

—Son una monada, ¿verdad? —dijo su mujer. La admiraba. Hacía muy poco que había dado a luz, el cansancio se reflejaba en su rostro, en su lenguaje corporal y hasta en su voz. Probablemente preferiría estar a solas con Pablo y el bebé y, sin embargo, allí estaba, aguantando cada visita.

Todos asentimos, entusiasmados. Sí que eran una monada. Me alegré mucho por ellos y sonreí sinceramente. Me acerqué a la criatura y pedí permiso para tocarla, a lo que Pablo soltó una risotada y dijo:

—¡Pues claro, mujer!

Sus manitas eran tan pequeñas que daba miedo tocarlas siquiera, parecía que se iban a romper en cualquier momento.

—¿Quieres cogerlo? —me preguntó Pablo, ofreciéndomelo.

Negué con la cabeza rápidamente.

—No, no, gracias, está muy tranquilo en tus brazos.

—¡Cógelo, mujer! —exclamó la flamante abuela mientras avanzaba hacia Pablo y cogía al niño—. A ver si así te decides a tener uno de una vez. Si no, para cuando lo quieras, ya no podrás y serás muy desgraciada.

Me mordí la lengua, con el consiguiente peligro de envenenarme, pues era bastante tajante la respuesta que tenía pensada. Enseguida me puso al niño en los brazos y me sentí torpe. Nunca había sabido cómo coger a un bebé, parecía que se me podía caer en cualquier momento.

Pablo era como un hermano para Alberto y, con el paso del tiempo, yo también había aprendido a quererlo como tal. Por eso, el tener a su hijo en mis brazos me produjo una gran emoción. Aquel pequeño era creación de Pablo y Maribel. Quiero decir, sin ellos no existiría. Ellos «lo habían creado». Era increíble —bueno, que no quiera tener hijos no significa que no pueda entender y admirar la inmensidad del hecho.

En ese momento regresó el padre de Pablo, que había salido a estirar las piernas y, mirándome desde la puerta con una sonrisa, afirmó:

—Te queda bien. Deberíais ir pensando en encargar uno —y soltó una risotada como si hubiera dicho la cosa más original del mundo.

Capítulo 2

Aquella noche, mientras Alberto preparaba la cena, aproveché para adelantar algo en la escritura del relato que tenía a medias. Me encanta sentarme delante del ordenador, dar un sorbo a mi copa de vino, inspirar hondo, relajarme y comenzar a escribir. Sobre todo cuando las palabras acuden a mi mente con rapidez y mi cerebro encarga a mis dedos que las tecleen con soltura. Nada me gusta más que experimentar esa sensación de estar creando una historia, unos personajes, un mundo. Me parece una sensación muy íntima, porque en ese momento solo yo conozco a esos personajes. Lo sé todo de ellos, aunque a veces me sorprendan; sé cómo piensan, cómo actúan, qué sienten. Normalmente incluso sé lo que les va a ocurrir. Creo tal vínculo con ellos que, una vez finalizada la historia, siento cierta pena, como cuando termino de leer un libro. Pero esa pena queda rápidamente desterrada por la inmensa alegría de haber puesto un punto final a otra historia. Otra historia que sale de mi mente. A veces, en secreto, los llamo «mis pequeños», lo que, seguramente, algunas de esas personas que intentan convencerme de que me quede embarazada cuanto antes interpretarían como «necesidad-de-tener-hijos».

Hoy en día, gracias a Internet, la búsqueda de información a la hora de narrar una historia es relativamente sencilla. Por supuesto, hay que dar con las páginas adecuadas y comparar resultados. Esa noche estaba buscando información cuando di con una página que mencionaba un nuevo movimiento llamado «Generación NoMo (Not Mothers)», que define a las mujeres que, ya sea por voluntad propia o por distintos problemas, no tienen hijos.

Seguí leyendo por curiosidad. Decían que era el término acuñado por la asociación Gateway Women para reclamar «el respeto de una sociedad instalada en la absurda creencia de que una mujer debe dar a luz al menos una vez en su vida». A continuación, ponían como ejemplo a algunas famosas que no tenían problemas en decir que, simplemente, no deseaban tener hijos.

Una decisión tan aceptable como otra cualquiera. ¿Por qué es tan difícil para la sociedad aceptar algo así? ¿Por qué se empeñan en preguntarnos a las mujeres «en buena edad y circunstancias para

procrear» una y otra vez por qué no tenemos hijos? La respuesta «Porque no quiero» no satisface a nadie. Inevitablemente conduce a la siguiente pregunta: «¿Y por qué no?».

Cuando Alberto me gritó desde la cocina que la cena ya estaba casi lista, cerré la página del navegador con un suspiro. Me alegraba el hecho de que la sociedad intentara abrir algo la mente en esta cuestión, pero nunca he sido muy admiradora de este tipo de movimientos «pro-algo». El Día del Orgullo Gay, el Día de la Mujer Trabajadora, el Día Mundial del Gato…, todo son buenas intenciones y no estoy en contra, pero no veo la necesidad de crear un día para cada cosa. En ese momento estaba convencida de que habilitarían el «día de las NoMo» en el calendario. A lo mejor tampoco era tan mala idea.

* * *

—Mientras estás en el baño voy a llamar a Susana —le dije a Alberto ya desde la cama. No sabía si me había oído o no, pero, con lo que tardaba normalmente, sabía que tenía tiempo de sobra para hacerlo.

Esperé con paciencia los tonos de llamada. Quería desearle suerte. Al día siguiente sabría si estaba embarazada. Ricardo y ella llevaban ya tres procesos de fecundación *in vitro* sin éxito. Habían pasado doce días desde la última transferencia de embriones y mañana le harían la analítica para saber si esta vez lo habían conseguido.

Siempre me pareció tristemente irónico que mi mejor amiga de toda la vida tuviera dificultades en conseguir algo que deseaba tantísimo —desde siempre había querido ser madre: trataba a sus muñecos con tanta ternura y corrección que parecía algo innato en ella— y, sin embargo, aquí estuviera yo poniendo barreras a los espermatozoides de Alberto. Bueno, lo cierto es que nunca había intentado quedarme embarazada; quizá, a fin de cuentas, también podría tener problemas sin saberlo y estaba gastando mi dinero en balde en métodos anticonceptivos.

—Hola, Tami —dijo mi amiga con voz cansada. Es la única persona que me llama así.

—¡Hola, guapa! —exclamé con la voz más animada que pude. En estos dos últimos años he presenciado el declive anímico de mi amiga. Tras varios años intentando concebir de forma natural, finalmente habían optado por probar la fecundación *in vitro*. «Solo una vez», dijeron, a la desesperada, «no hay dinero para más». Me consta que tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para costearse las otras dos —. Llamaba para desearos mucha suerte para mañana.

—Gracias —susurró. Se la notaba triste, preocupada y distante. Siempre había sido una chica alegre y despreocupada. Deseé con todas

mis fuerzas que al día siguiente fuera su gran día—. Es la última vez, ¿sabes?

Me mordí el labio, sin saber qué decir. Esperaba que lo fuera, tanto si estaba embarazada como si no, porque todo esto les estaba haciendo mucho daño.

—Siempre adelante —dije, lo que sonó más como una pregunta, porque… ¿qué podía decir? ¿«La esperanza es lo último que se pierde»? ¿«Podéis volver a intentarlo»? ¿«Don't worry, be happy»?

—Gracias —repitió, y supe que en ese momento estaba frunciendo la nariz, su gesto característico con el que intentaba mantener la compostura y no echarse a llorar.

Deseé estar a su lado para poder abrazarla, pero sugerirle ir a su casa me pareció fuera de lugar. Al fin y al cabo, tenía a Ricardo. Era algo que solo les concernía a ellos y mantenerse unidos en tales adversidades significaba que eran una pareja sólida.

—Mañana, si te apetece, me cuentas qué tal —sugerí, intentando no presionarla. No quería que se sintiera obligada a comunicarme el resultado, por mucho que quisiera saberlo.

—Vale —contestó—. Gracias, Tami, muchas gracias.

—De nada, cariño. Buenas noches.

—Buenas noches.

Capítulo 3

Al día siguiente miré el reloj cada poco tiempo, impaciente por tener noticias de Susana. Intentaba no hacerlo, porque de cara a los clientes no queda nada bien, pero no podía evitarlo. Trabajo como dependienta en la sección de belleza y maquillaje de un gran centro comercial. Entre nosotras: el maquillaje me importa bastante poco, así que cuando alguien me pregunta si le sienta mejor el pintalabios color rojo jugoso o el fruta de la pasión, aconsejo el que menos se vende —el de fruta de la pasión, por si quieres saberlo.

Como mientras trabajo no puedo llevar el móvil encima, aquella mañana lo consulté a escondidas, algo que me ponía nerviosa. Así que tenía más ganas que nunca de que llegase la hora de salir. Sobre todo durante el rato en el que una mujer entrada en la cincuentena y bastante pesada no terminaba de decidirse entre la crema «primeros signos de la edad» o la de «primeras arrugas». Si me preguntasen la diferencia entre una y otra, diría que creo que no hay ninguna, excepto la reacción psicológica a su nombre. Para algunas personas, la palabra «arrugas» es casi un sacrilegio. Como si no fuera lo natural.

La observé con detenimiento. Aún no me entra en la cabeza como algunas personas se exponen a largas horas de cabinas solares —a esa mujer se le notaba por su tono excesivamente bronceado y la piel cuarteada y poco natural— y luego buscan milagros en las cremas. ¿Acaso no saben que abusar de esa práctica envejece?

Estaba pensando cómo sugerirle a aquella mujer que, por su edad, debería pensar más bien en usar la indicada para «pieles maduras», cuando llegó Soraya a hacer el cambio de turno. Respiré aliviada, porque ella es una de las vendedoras más eficientes. Sabe cómo decir las cosas sin ofender a nadie y realmente ama este trabajo.

Le dije a la mujer-primeros-signos-de-la-edad que mi compañera la atendería a partir de ahora y ni siquiera eso hice bien, porque se sintió ofendida. Como si la dejara tirada.

—Bueno, los dependientes cada vez os parecéis más a los funcionarios.

Estaba a punto de replicar que debería escoger la crema «pieles maduras con sobreexposición solar» para frenar su proceso de momificación, cuando Soraya, muy oportunamente, me interrumpió.

Creo que si no fuera por ella me habrían despedido hace tiempo. A veces me resulta difícil morderme la lengua.

—¡No se preocupe! —exclamó, tomando a la ofendida mujer del brazo—, tengo el producto perfecto para usted, ya verá.

Y se alejaron de mí, aunque a Soraya aún le dio tiempo a volverse y guiñarme un ojo. Sonreí y me dirigí a los vestuarios.

* * *

Susana me había llamado hacía un par de horas. Maldije a los últimos clientes, que no me habían permitido consultar mi móvil. Mientras comía un bocadillo en la cafetería del centro comercial la llamé. Apenas disponía de una hora antes de que empezara el taller literario al que llevaba yendo un año y no me daba tiempo a pasar por casa para comer.

Contestó al primer tono, lo que podría significar cualquier cosa: impaciencia por compartir su felicidad o una necesidad inminente de desahogo.

Resultó ser lo segundo.

—Lo siento mucho, Susana —le dije con el corazón encogido. De pronto se me pasó el hambre y alejé el bocadillo de mí.

—No pasa nada, ya me lo esperaba —contestó en un susurro—. En fin, hay cosas que simplemente no pueden ser, ¿no?

Supuse que sí, pero no me parecía la respuesta más animosa del mundo.

—Tal vez tengamos un perro —añadió con amargura. No sabía que una afirmación así pudiera estar tan llena de tristeza.

—¿Quieres que nos veamos? —le pregunté—. Ya he salido de trabajar.

Pareció dudar un momento, sopesar mis palabras.

—Está Ricardo —dijo—. Tenía permiso en el trabajo.

—Vale. Estaré atenta al móvil, ¿eh? Cualquier cosa que necesites, solo dímelo.

—De acuerdo. Gracias.

—Un beso.

Colgué sintiéndome impotente.

No había tenido tiempo de digerir la noticia cuando la melodía «Don't look back in anger» de mi móvil me sobresaltó. En la pantalla luminosa parpadeaba la palabra «mamá».

—Dime —dije cuando descolgué.

—¿Tamara? ¿Hola?

Automáticamente me puse un dedo en el oído donde no tenía el móvil y hablé más alto. Odiaba hacer eso, era estúpido. La que no me oía era ella, no al revés. Pero siempre lo pensaba después de hacerlo.

—¿Me oyes? —pregunté, una vez recuperada la cordura.

—¿Hola? ¿Sí?

Nuestras conversaciones solían ser así. El problema de mi madre era que nunca acertaba a colocar el altavoz del móvil en su oído.

—Mamá, mueve el móvil —sugerí. ¡Cuántas veces habría dicho lo mismo!

—¿Hola? ¿Tamara?

—Perdona, ¿me traes un café cuando puedas? Corto de café, por favor —aproveché cuando pasó una camarera. Me alejé el móvil de la oreja. Cuanto menos oía, más gritaba mi madre; la oía perfectamente desde esa distancia. Solo tenía que esperar a que por fin se le ocurriese mover el móvil de sitio. Era algo que, antes o después, terminaba ocurriendo.

—¡Hija, no te oigo nada!

Hice un intento, por si acaso ya había acertado con el lugar.

—Mamá, ¡tengo ladillas!

—¿Hola? Creo que he oído algo, ¡espera!

Sonreí. Recordé cuando mi madre adquirió su *smartphone*. Le había costado horrores convencerse. Le expliqué «los entresijos de aquella máquina» y cuando me mandó el primer whatsapp decidí hacer una captura de pantalla, imprimirla y enmarcarla:

J9jholaTaaraeh hola.BolaTamara preparando. El equipaje no besitos msama.

Nuestras primeras conversaciones por WhatsApp solían ser una cosa así:

Mamá (14/2; 20:08): Tamarahija y siquedamosbesitos mama
Yo (14/2; 21:09): Vale, ¿cuándo te viene bien?
Yo (15/2; 16:40): Di.
Yo (16/2; 11:03): ¿Hola?
Mamá (16/2; 13:30): EhhojaTamara ¡!
Yo (16/2; 13:31): ¿Quedamos al final o no?
Mamá (16/2; 13:35): Si
Yo (16/2; 13:36): ¿Cuándo te viene bien?
Mamá (16/2; 13:46): tellamo
Yo (16/2; 13:47): ¿Ahora? Mamá, pon espacios, ¡¡anda!!
Mamá (16/2; 13:52): si ahora ya ponggoe spacios ell unes m eviene bien ppepero tutrabajasno
Yo (16/2; 13:53): Espera, que te llamo.

—A ver, habla, hija, creo que ya está.

—¿Me oyes?

—Sí, ahora sí. Qué lata con estos aparatos.

En ese momento la camarera me trajo mi café y le pagué, mirando de reojo mi bocadillo casi intacto. Miré el reloj: tenía aún veinte minutos para llegar al taller. Caminando deprisa, tardaba unos cinco. Le di un mordisco al bocadillo. Había recuperado el apetito.

—¿Te pillo comiendo? —preguntó mi madre.

—Sí, pero no te preocupes, dime.

—Nada, llamaba para ver qué tal todo. Esta semana no nos hemos visto.

—Ya, es que hemos estado un poco liados. Pero ¿qué te parece mañana? ¿Para tomar un café?

—Por mí bien.

—Quizá me llame Susana. Le dije que si necesitaba algo que me llamara.

—Oh…, ¿otra fecundación sin éxito?

—Sí —respondí apenada. Me costó tragar ese trozo de bocadillo. De nuevo se había esfumado mi apetito. Lo curioso es que nunca lo perdía con disgustos propios.

—Qué lástima, pobrecita —dijo mi madre. Quiere mucho a Susana, la conoce desde que era una cría y me consta que es casi como una hija para ella.

«Y aquí viene de nuevo», pensé. Predecible como ella sola.

—¿Y todo esto no te da que pensar, hija?

—No sé por qué debería hacerlo.

—¿Y si cuando quieras tenerlos ya no puedes?

—Mamá, ya sabes lo que opino, déjalo.

—Es que tengo miedo de que un día te arrepientas.

Resoplé por la nariz.

—Mira, mamá, ya lo hemos hablado. Puede que me arrepienta, puede que no. Pero no me parece un motivo para traer un niño al mundo.

—Pero…

—Y tampoco el miedo a quedarme sola cuando sea una anciana me lo parece —me anticipé; tal vez no era lo que iba a decir ella, pero sí el nuevo argumento «de moda». En serio, ¿quién tiene hijos por el miedo de estar solo en la vejez? ¿No es eso tremendamente egoísta? Algunas personas piensan que yo soy egoísta porque no quiero complicaciones en mi vida. No quiero una responsabilidad así. ¿Y decidir tener hijos para no estar solo es menos egoísta que eso? ¿O tenerlos por miedo a que en un futuro una cambie de opinión cuando ya sea tarde? ¿Y meto yo las narices en las decisiones de esas personas? No. Pues eso.

Mi madre guardó silencio. Tuve la impresión de que no era eso lo que iba a decir.

—¿Nos vemos mañana a las seis en la cafetería de siempre? —propuse, cambiando de conversación.

—De acuerdo, nos vemos mañana, hija, un beso.

—Otro para ti.

Cuando colgué, exhalé el aire ruidosamente. Tenía la intuición de

que me había equivocado, pero no lo había podido evitar. Ella desea tanto tener un nieto que en muchas ocasiones me siento culpable por no dárselo y me pongo a la defensiva en cuanto sale el tema. Si al menos tuviera hermanos, esa responsabilidad estaría repartida entre todos. Pero no es así. Solo somos ella y yo. Papá murió cuando yo era muy pequeña, de modo que ella enviudó comenzando apenas la veintena. Tampoco me quedan abuelos vivos, así que, sí, solo estamos nosotras dos. Y, a pesar de que ella siempre fue una mujer muy activa, con muchos intereses y amistades, siempre supe que en el fondo de su corazón se sentía sola.

* * *

Como de costumbre, la tarde en el taller de literatura se me pasó volando. Había decidido apuntarme porque a veces me costaba mucho encontrar tiempo para escribir. Siempre parecía haber algo más urgente que hacer. Así que supuse que acudir a clases sería una manera de hacerlo. Como cuando eres incapaz de hacer algo de ejercicio en casa, pero resulta mejor si te apuntas a un gimnasio. En mi caso, ni una cosa ni la otra, pero conozco gente que conoce gente que va al gimnasio «de verdad» varias veces a la semana; así como también he oído comentar sobre raros especímenes que realmente usan la bicicleta estática en sus casas en vez de terminar usándolas de percheros. Son verdaderos expedientes X.

Aquellas dos horas que pasaba todos los lunes, miércoles y viernes en el taller me relajaban y me daban un subidón de adrenalina al mismo tiempo. A veces leíamos lo que escribíamos; escuchar lo que creaban los demás era un gran aprendizaje. Al principio compartir mis escritos con el resto de la clase me hacía sentir vulnerable, como si me estuviera desnudando delante de ellos. Bueno, tampoco voy a exagerar, desnudarme delante de desconocidos me resultaría aún más incómodo. «Quizá si no usara mi bici estática de perchero podría desnudarme delante de la gente sin ningún problema, a lo mejor tendría un trasero respingón y unos muslos fibrosos y… sí, tal vez les busque un nuevo sitio a mis chaquetas y bolsos.»

Los compañeros del taller eran, en muchos sentidos, mucho más cercanos que cualquier otra persona. Sin embargo, no manteníamos ninguna relación fuera de las paredes del aula. Era como una norma implícita, como si acudiéramos allí, compartiéramos nuestros más íntimos secretos entre nosotros y luego nos marcháramos sin mirar atrás, sabiendo que hasta la próxima clase no nos volveríamos a acordar los unos de los otros.

Aquella tarde tuve la suerte de dar la pincelada final a mi último relato. Como siempre que ponía el punto final a una obra, me sentí

sumamente satisfecha y nostálgica al mismo tiempo. Por supuesto, aquello era solo el principio del trabajo. Debía dejar olvidado ese relato un tiempo, para después releerlo y corregirlo. Como cuando miras un cuadro desde la distancia adecuada, también los libros hay que leerlos con cierta perspectiva, sobre todo los propios.

Al terminar la clase me despedí de todos, dirigiéndoles una gran sonrisa: la sonrisa que todos teníamos cuando habíamos terminado de escribir algo. Durante dos horas me había sacado a Susana y a mi madre de la cabeza.

Capítulo 4

La cafetería donde acostumbraba a quedar con mi madre solía ser muy tranquila, pero aquella vez era la excepción. A nuestro lado estaban sentadas dos mujeres, una de las cuales tenía un niño de unos siete u ocho años —¿a quién pretendo engañar? No tengo ni idea de cuántos años podría tener— que no paraba de correr por toda la cafetería y de gritar de vez en cuando.

Yo intentaba centrarme en la conversación, pero cada vez que la criatura pasaba corriendo por detrás de mi silla, empujando mi respaldo, podía notar como se me hinchaban las venas del cuello. En una de las ocasiones, me volví y le eché una mirada fulminante a la madre, que fingió no verme.

—Como te iba diciendo —proseguí, volviéndome de nuevo hacia mi madre—, Susana me dijo que se pasaría por aquí a las siete. Me pareció que le hacía mucha ilusión verte.

—¡Ah, estupendo! A ver si entre las dos logramos animarla, porque…

En ese momento dejé de oírla, porque el niño se había puesto a gritar.

—¡Quiero patatas! ¡Quiero patatas! ¡Quiero patatas!

Me volví y vi que la madre lo ignoraba y seguía charlando animadamente con la otra mujer. Me maravilló, si es que «maravillar» es la palabra adecuada, la manera en que aquella mujer podía desoír tan campante los gritos de su hijo.

Mi madre debió de ver las venas de mi cuello, porque me tocó la muñeca y, cuando la miré, leí en sus labios:

—Tranquila.

Yo y mi poca paciencia con los niños. Aunque no creo que todo sea culpa mía. Quiero decir, ¿se debería permitir a los niños molestar al resto de las personas que están en un lugar público? Entiendo que son niños, pero hay cosas y cosas. Correr por toda la cafetería empujando las sillas de los clientes no me parece que sea una monería de esas que hacen que a la gente se le caiga la baba, ¿verdad? En realidad, yo lo llamaría falta de educación, pero, en fin, parece ser políticamente incorrecto decirlo, dado que algunos padres se molestan si así se lo señalas.

Es algo que de vez en cuando me planteo. Cuando alguien decide ser padre, ¿de verdad piensa en lo que implica? ¿En que va a cambiar por completo su vida, y que no todo va a ser para mejor? ¿En que habrá cosas de las que tendrá que prescindir? A veces creo que la gente solo se concentra en la parte positiva, ignora la negativa y actúa como si todo fuese igual que antes. Es decir, no creo que deba tenerse a un niño en una cafetería solo y aburrido mientras charlas con tus amigos. Lo normal es llevarlo al parque para que juegue con otros niños —o algo así, yo como no tengo hijos no sé qué les entretiene de verdad—. Tampoco es normal que lleguen las diez de la noche, que el niño tenga colegio al día siguiente, y los padres aún estén de bar en bar, como he visto miles de veces. Me dan ganas de gritar: «¡Eh, oye, que ya se te pasó el momento de hacer esto! Ahora tienes una criatura, tú decidiste tenerla. Entonces haz lo mejor para ella, ¿no crees?». Sobre todo cuando son personas que antes te han hecho algún comentario del tipo: «No quieres tener hijos porque no quieres tener responsabilidades. Pero ¿sabes?, hay que adquirir responsabilidades antes o después». Estoy convencida de ser bastante más responsable que ellas.

Finalmente, la madre se levantó y le compró una bolsa de patatas. Resoplé.

—Anda que… —farfullé.

Mi madre chasqueó la lengua, pero ignoró mi comentario.

—Te decía que a ver si entre las dos animamos a Susana. La pobre debe de estar pasándolo fatal.

Asentí con la cabeza, pesarosa.

—Sí. Además me dijo que esta vez sería la última.

Suspiramos a la vez y yo pensé una vez más que la vida es muy injusta.

—Bueno, cambiando de tema, ¿cuándo te ibas a Italia? —le pregunté de broma. Claro que me acordaba, se iba en apenas un par de semanas. Llevaba planeando ese viaje años. Había tenido que ahorrar mucho porque, aunque no es que ninguna de las dos pasemos hambre, no nadamos en la abundancia precisamente.

—¡Qué ganas tengo ya!

—Normal, yo mataría por ir.

—Te traeré algún regalo y te mandaré muchas fotos, no te preocupes.

—No es lo mismo —dije, sacándole la lengua—. ¿Con quién vas, con Tere y Manoli?

Asintió con la cabeza, sonriente, y yo solté una carcajada.

—Pues con esas dos no te vas a aburrir.

Eran las típicas mujeres con las que uno no puede parar de reírse. Tienen tanto desparpajo y tan poca vergüenza —en el buen sentido—

que con ellas la diversión está asegurada. Son algo mayores que mi madre, pero por su jovial carácter parece lo contrario.

En ese momento llegó Susana, un cuarto de hora antes de lo previsto. La miramos con extrañeza, dado que ella siempre es muy puntual, y con puntual quiero decir que llega a la hora en punto, ni antes ni después.

—¡Lo siento, chicas! —dijo atropelladamente mientras se acercaba a nuestra mesa. No me pasó desapercibida la mirada llena de ternura y tristeza que le dirigió al niño-repelente-de-la-mesa-de-al-lado—. No recordaba que hoy Ricardo salía antes y que habíamos quedado con mis suegros. ¡No sé dónde tengo la cabeza!

Mentía. Todas sabíamos dónde la tenía.

—Te he llamado —dijo, mirándome—, pero como de todas formas la cafetería me pillaba de paso, he decidido venir para avisaros. No sabéis cuánto lo siento.

—No te preocupes, linda —respondió mi madre, con voz animosa —. Otra vez será. Lo peor es la parte de los suegros —añadió con una carcajada. A mi madre le gustaba bromear con ese tema, no tengo muy claro por qué.

Susana sonrió y miró su reloj.

—Pues me voy entonces, que ya llego tarde. Y, de verdad, lo siento mucho.

Le quité importancia con un gesto de la mano.

—Ya nos veremos otro día, no pasa nada.

—No te retrases más, Susana —zanjó mi madre la conversación.

Apenas me había despedido de ella con la mano cuando la frase de mi madre —el «no te retrases»— me había traído absurdamente algo a la cabeza. Intenté hacer cuentas mentalmente, pero siempre se me ha dado fatal, así que usé los dedos.

—¡Quiero más patatas! —gritó el niño maleducado, haciéndome perder la cuenta.

—Voy al baño —dijo mi madre. Creo que temía que fuera a armar un escándalo a la madre que, de nuevo, ignoraba al gritón de su hijo y se centraba en su conversación.

Volví a contar de nuevo. Me resultaba difícil concentrarme con el escándalo que estaba armando aquel niño, así que, cuando terminé, repasé de nuevo la cuenta por si acaso me había equivocado.

No lo había hecho.

Según mi mente y mis dedos, tenía un retraso de una semana.

Capítulo 5

No sé como no me había dado cuenta antes. Soy muy regular. Mi regla es tan puntual como Susana. Pero, a no ser que tenga algún acontecimiento importante donde estar con la regla vaya a ser un engorro, no lo suelo apuntar.

Alberto y yo estábamos sufriendo los tres minutos más largos de nuestras vidas. Habíamos dejado el test de embarazo en la repisa del lavabo, pero tenía ganas de cogerlo cada dos por tres para ver si ya conseguía ver la línea —una línea era negativo; dos, positivo—. Él se mordía los labios sin parar mientras yo le miraba y no dejaba de pensar qué íbamos a hacer si finalmente resultaban ser dos líneas. Intenté concentrarme en otras cosas. Me dediqué a observar el cuarto de baño. «Quizá deberíamos limpiar los azulejos; no recordaba la última vez que lo habíamos hecho. Oh, sí, sí que lo recordaba: hacía unos quince días. ¿Y la mampara? De vez en cuando hay que desmontarla para limpiarla bien. ¿Hacía cuánto no la desmontábamos? Oh, sí, el mismo día que limpiamos los azulejos.» Así que estaba todo limpio. Perfecto. Mi memoria era infalible, excepto para acordarme de que me tenía que venir la regla. Tampoco es que hubiera adelantado nada recordándolo, pero me daba rabia no haberme dado cuenta antes.

Vale. Eso de echarse cosas en cara no tenía mucho sentido en aquel momento. Es más, lo que debía hacer era relajarme. Inspirar hondo, soltar el aire lentamente…

El sonido de la alarma que nos habíamos puesto en el móvil hizo que los dos llegáramos de una zancada al lavabo. Pero, en vez de coger el test en un acto desesperado, ambos nos quedamos quietos un momento, mirándonos en silencio. La suerte estaba echada. Alberto me cogió de la mano, en una muestra inequívoca de «en lo bueno y en lo malo», aunque no estuviéramos casados, y yo alargué el brazo para coger el aparato.

Tragué saliva.

No podía.

—No quiero saberlo —dije. Sabía que era absurdo, pero en realidad no quería saberlo.

—Tamara…

—Míralo tú —le pedí—. Por favor, míralo tú.

—De acuerdo —dijo, y me tendió la otra mano para tomar de la mía el test. Tuve ganas de tirar de él con fuerza, quizá de romperlo. Mi intuición me decía que no hacía falta siquiera mirar el resultado.

Finalmente, cuando Alberto lo tuvo en su mano, suspiró.

—¿Qué? —exigí saber—. ¿Qué ha salido?

—Dos.

—¡¿Dos?! —entré en pánico. Cogí la hojita de instrucciones para asegurarme; quizá lo hubiéramos leído mal.

—Positivo —dijo, pero hasta que no volví a leerlo no me lo terminé de creer.

Mientras tanto, él se había sentado en el suelo.

Dos rayitas. Positivo.

—Puede que no lo hayas hecho bien… —oí que sugería él.

—¿Crees que no he meado bien en un palito?

—No, quiero decir que…, o sea, igual no has apuntado bien.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que no puedo mear en un puto palito, joder?

Él se calló. Al instante me sentí culpable.

—Perdona —me disculpé—. Es que… esto es…

—Lo sé, lo sé —creí entender, pero no estaba segura, porque su voz temblaba mucho.

Nos quedamos callados los dos y me senté junto a él en el suelo. Le quité el test de la mano y lo comprobé. Sí. Dos rayitas. Muy nítidas, además. Parecían burlarse de nosotros. «Conque no queríais niños, ¿eh? ¿Os creíais invulnerables?» En aquel momento deseé que se hubieran hecho realidad esas tonterías que nos decíamos cuando Alberto metía su móvil en el bolsillo delantero del pantalón:

«—¡Ten cuidado, que eso reduce la calidad del esperma!

—Bueno, mejor para nosotros, ¿no?

—Sí, ¡tus espermatozoides van a ser tan tontos que nunca podrán encontrar el camino!

—¡Pues trae tu móvil, que me lo guardo en el otro bolsillo!

—Además deberías empezar a fumar, para más seguridad, ya sabes.»

En ese momento hasta me pregunté por qué no había optado por un método definitivo. Pero a ambos nos había parecido que éramos muy jóvenes para algo tan drástico. Al fin y al cabo, éramos conscientes de que existía una posibilidad de que alguno cambiara de opinión.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó Alberto entonces, con un hilo de voz.

—¿Te hago un croquis? —propuse con crueldad. No lo podía evitar. Cuando me pongo tensa, mis respuestas son así.

—Quiero decir —dijo él, sin hacerme ni caso—, el diu era muy fiable, ¿no?

—Algo menos que la píldora —contesté con amargura. No hacía tanto que había decidido cambiar la píldora por el diu. En ese momento me arrepentí muchísimo, aunque supongo que era más por el hecho de culpar a algo que porque de verdad pensase que con la píldora jamás me habría quedado embarazada. Aunque al menos me habría dado cuenta antes.

Nos quedamos allí sentados y en silencio cerca de una hora. Alberto fue el primero en reaccionar. Se levantó, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Se tumbó a mi lado y me abrazó.

—Lo superaremos —me susurró—. Pase lo que pase estaremos bien, Tamara.

Asentí débilmente con la cabeza y pensé que tenía mucha suerte de tenerlo a mi lado. Y entonces empecé a llorar.

Capítulo 6

—A ti te pasa algo —adivinó Susana una semana después.

Me mordí el labio, indecisa. No quería contárselo, no me parecía adecuado en su situación.

Alberto y yo habíamos pasado esa última semana como si fuéramos dos zombis. Se nos olvidaban las cosas, se nos pasaba el tiempo sin hacer nada, solo pensando cada uno por su lado. Ni siquiera habíamos hablado en serio del tema. Yo sabía que debíamos hacerlo cuanto antes, pero primero necesitábamos asimilarlo. Sin eso, no íbamos a llegar a nada.

Me encontraba en una situación que me había planteado hipotéticamente algunas veces. Pero fue de ese tipo de cosas que al final una zanja con un «Tendría que verme en el caso». Pues bien, el caso ya estaba aquí y yo era incapaz de pensar.

Por las noches no podía dormir y, cuando conseguía entrar en un agitado duermevela, despertaba sobresaltada y lloraba sin parar. Alberto me abrazaba y me acunaba, pero me costaba mucho recuperar la calma. Algo había cambiado para siempre y yo no lo quería aceptar.

Al mirar a Susana a los ojos envidié por un momento sus deseos. Deseé con todas mis fuerzas querer a ese niño. Quería *querer* llevarlo dentro de mí para, nueve meses después, verle al fin la cara y susurrarle al oído: «Bienvenido al mundo, pequeño». Quería anhelar tenerlo entre mis brazos, cogerlo de la mano, llevarlo al parque y verlo jugar, hacerse mayor, compartir sus risas y sus lágrimas y que lo fuera todo para mí. Ansié desear tenerlo en mi vida.

Pero no lo conseguí.

Me puse a llorar de pronto, en un sinsentido de sensaciones. Por un lado, un dolor infinito. Por otro, un cierto alivio porque sabía que, inconscientemente, había tomado una decisión. Pensé que jamás podría parar de llorar. Fui vagamente consciente de que Susana me había abrazado, en silencio.

* * *

—¿Me lo vas a contar ya? —me preguntó Susana con suavidad una hora después.

Me dolía muchísimo la cabeza de haber llorado tanto, pero noté que había desaparecido la tensión de mis hombros. Llevaba toda la semana con la espalda y las cervicales rígidas.

Habíamos salido de la cafetería tras sugerirlo Susana, que dijo que quizá me vendría bien tomar un poco el aire. Tenía razón.

—¿Ha ocurrido algo con Alberto? —insistió.

No sabía cómo decirlo. No sabía si quería decírselo. No a ella. Seguramente le haría daño.

—Tami, sabes que puedes contarme cualquier cosa. Eres como mi hermana. Si no quieres hacerlo, no insistiré más, pero si lo haces porque piensas que ya tengo mis propios problemas…, que soy demasiado débil…

—Estoy embarazada —se lo solté de pronto. Ni siquiera había decidido hacerlo.

Ella me miró con sus grandes ojos muy abiertos. Pude ver el dolor en ellos. Dolor por mí, sí, pero también dolor porque a mí se me pusiera en bandeja, sin quererlo siquiera, aquello por lo que ella había luchado tanto.

—Oh… —dijo. Y luego, recuperando un poco la compostura, añadió—: ¡Vaya!

Asentí con la cabeza mientras le daba una patada a una piedra. Tenía miles de dudas, pero no me parecía bien compartirlas con ella. ¿Estaba siendo egoísta por no querer un niño en mi vida? Un niño que ya se estaba gestando en mi interior… ¿Por qué la simple idea de pensarlo me hacía sentir una mala persona?

* * *

—Siento exactamente lo mismo que tú —dijo Alberto mirándome a los ojos muy serio—. Yo no sé expresarlo con palabras tan bien, pero así me siento yo también.

—De algo tenía que servir el taller de escritura —contesté con tristeza. Esa semana me había saltado un par de clases: tenía la cabeza en otras cosas. Aunque quizá me habría ido bien acudir y desconectar un rato.

Estábamos sentados en la cama. Allí manteníamos la mayoría de nuestras conversaciones importantes.

—Nunca pensé que haría esto —continué. Apenas me salía la voz. Sentía que algo se rompía en mi interior y, sin embargo, sabía también que era la decisión correcta—. Jamás lo pensé seriamente, siempre era solo una hipótesis, pero creo que en el fondo pensaba que seguiría adelante, que en ese momento todo cambiaría y que una voz dentro de mí me diría que aquello era lo correcto —hice una pausa para respirar y para asimilar lo que estaba diciendo, porque lo hacía sin pensar; me

dejaba llevar por la vorágine de emociones que bullían dentro de mí —. Pero no hay voz que me lo diga. No hay nada que me indique qué es lo correcto. Solo hay un susurro que me dice qué es lo que no deseo. Y quiero tanto desear a ese niño, de verdad, lo quiero tanto… Ojalá yo fuera de otra forma; ojalá quisiera ser madre… Yo… —empecé a llorar de nuevo y Alberto me abrazó.

—Tranquila —me susurró—. No tienes que avergonzarte de lo que sientes. Nunca lo has hecho.

—Lo sé —dije cuando pude hablar—. Pero me siento tan mala persona ahora mismo… Tan egoísta…

—No lo eres —dijo él con la voz muy seria—. Ni se te ocurra decir eso. Eres una persona sensata y consecuente. Eres coherente con lo que piensas y lo que haces. No tomas decisiones a la ligera. Piensas en las consecuencias.

Tal vez eso era un problema. Me refiero a pensar en las consecuencias. Tal vez sería mejor dejarse llevar. Quizá llegase a adorar ese estilo de vida. Puede que ser madre sí estuviera hecho para mí, al fin y al cabo.

Pero no. Sabía que no. Sabía que no tenía ninguna duda sobre que no deseaba tener ese bebé; mis dudas eran todas debidas a cuestiones morales.

—¿Estamos siendo egoístas? —pregunté mientras me incorporaba.

Alberto lo meditó un instante.

—¿Y no lo seríamos también si decidiéramos tener al niño solo para no sentirnos culpables? ¿No sería hacer lo mismo que aquellos a los que tanto criticamos por tener hijos solo porque «es lo que toca»? ¿O a los que los tienen por miedo a quedarse solos en la vejez?

Sopesé sus palabras. Sí, tenía sentido lo que decía. Traer un niño al mundo sin desearlo era peligroso. Probablemente nosotros seríamos infelices y haríamos también infeliz a la criatura. Tal vez incluso llegáramos a culparle inconscientemente de no haber tenido la vida que queríamos. En realidad, no sería el primer caso en el mundo, aunque pocas personas sean capaces de decirlo abiertamente.

Asentí lentamente con la cabeza. Estaba embotada y muy cansada, tanto emocional como físicamente. Alberto me abrazó e hizo que me tumbara. Me acarició con suavidad hasta que, después de siete noches sin apenas pegar ojo, por fin me quedé dormida.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Susana en cuanto ocupé el asiento que estaba enfrente de ella. Le hice una seña al camarero y contesté:

—Bien, gracias, lo vamos llevando. ¿Y tú?

No habíamos hablado mucho durante los últimos días. Era como si se hubiera interpuesto una barrera entre nosotras. Yo no quería compartir mi situación con ella por no lastimarla y a la vez no me

sentía con fuerzas para animarla en su propia situación. Y creo que a ella le ocurría lo mismo.

El camarero se acercó y pedí lo mismo que estaba tomando Susana. Se alejó y entonces ella contestó a mi pregunta:

—Estoy bien. —Su voz dejaba patente que no, pero no quise preguntar más.

Se hizo un incómodo silencio, que fue roto por el camarero cuando apareció con mi café. Le eché azúcar, lo removí y di un sorbo.

—¿Y…? —comenzó a preguntar mi amiga, aunque dudó—. ¿Ya habéis decidido lo que vais a hacer?

Tomé otro sorbo de café, pero me costó tragarlo. No sabía cómo decírselo. Era evidente que no iba a poder mantenerlo en secreto. En ese momento me arrepentí de haberle contado que estaba embarazada.

—Tengo cita en una clínica el viernes.

Habíamos ido al ginecólogo el día anterior. Nos había hablado de los distintos métodos y nos habíamos decantado por el aborto quirúrgico. Ese mismo día estaría en casa y, según dijo, en caso de no haber complicaciones podría trabajar el lunes, aunque yo había preferido tomarme unos días libres.

—¿No habéis considerado…? —Susana se calló de pronto—. Es igual.

Lo vi en sus ojos. Dicen que los ojos son el espejo del alma, lo cual siempre me ha parecido una cursilada, pero en el caso de Susana sus ojos son su detector de mentiras. En aquel momento eran suplicantes, esperanzados.

Por supuesto que lo había pensado. Fue una de las primeras opciones que barajé, pero tan pronto como esa idea acudió a mi cabeza, supe que no era posible.

—No puedo —susurré con un hilo de voz—. Ojalá pudiera, Susana. Sabes que haría cualquier cosa por verte feliz… —hice una pausa, pensando que esas palabras que siempre había dado por sinceras resultaban no serlo—. Pero no puedo. Yo… no podría llevarlo dentro de mí nueve meses y después verle crecer sin ser su madre —sacudí la cabeza—. No puedo…

—Tranquila, lo entiendo —dijo ella con la voz quebrada—. No sé ni cómo se me ha ocurrido pedírtelo.

—En realidad no lo has hecho.

La miré y sentí un profundo amor por ella. En ese momento supe que aquello que creía a pies juntillas de que «por amor todo se hace» no era cierto. Al menos, no en mi caso. No podía entregarle mi hijo a ella ni a cualquier otra persona. Si aquel ser salía de mí con forma de bebé, no podría darlo en adopción. Tenía eso tan claro como que no deseaba tenerlo.

Capítulo 7

Someterse voluntariamente a un aborto no es tan sencillo como algunas personas puedan pensar. No se trata de entrar en la clínica y salir con la impresión de haberse quitado un peso de encima. Al menos para mí. Sí, tenía la sensación de haber hecho lo más adecuado para mi felicidad, pero cuando llegamos a casa me sentía muy triste.

Alberto me dejó en el salón con la televisión puesta mientras él hacía la cena. No obstante, cada cinco minutos venía a ver qué tal estaba y yo intentaba sonreír y le decía que solo necesitaba descansar.

Aproveché para leer algunos whatsapps que me habían llegado durante el día. Mi madre me decía:

HolaaTamara ya estamose n elavion bestios mamá.

Sonreí. No había ido a despedirme de ella. Le dije que tenía mucho trabajo, aunque la verdad era que no creía poder mirarla a los ojos y ocultarle lo que nos estaba ocurriendo. En realidad, no estaba muy segura de querer compartir esto con ella. Tenía unas opiniones bastante conservadoras al respecto. Le contesté:

¡¡Genial!! ¡Avísame cuando lleguéis! ¡Y pásalo muy bien!

Abrí otro mensaje, esta vez de Susana. Decía:

Hola, Tami, ¿qué tal estás? Espero que haya ido todo bien. Llámame si quieres. Un beso.

La había echado de menos hoy. Escribí con rapidez:

Ya estoy en casa. Estoy un poco cansada, te llamo mañana. Gracias, un beso.

Cerré los ojos y me quedé dormida.

Había pedido tres días libres en el trabajo, pero al final tuve que pedir más. Aquella semana no me sentía con ánimos para nada. Ni para ir a trabajar, ni para llamar a Susana ni para curiosear un poco sobre el viaje de mi madre. Sentía una especie de vacío en mi interior y siempre estaba cansada. Alberto sí fue a trabajar el jueves y el viernes, porque tenía que avisar con más tiempo.

El jueves por la mañana me puse a escribir y descubrí que era la terapia que necesitaba. Comencé una nueva historia, dejando de lado la que tenía a medias, y mis dedos se deslizaron por el teclado con mucha rapidez. Las ideas fluían sin parar y, según escribía, parecía que mi interior se llenaba de nuevo. Ni siquiera sabía que esa historia estuviera en mi cabeza, aunque, bien pensado, es lógico que estuviera en algún lugar de mi mente. No me di cuenta de la hora hasta que noté que me empezaba a doler el cuello. Eran las cinco de la tarde y no me había acordado de comer.

Satisfecha, me estiré en la silla y cogí distraídamente el móvil, donde me esperaban algunos whatsapps sin leer. Uno era de mi madre, que decía:

Hohola Tamara aquít eenvio algunas fotos besitos. Mamá.

A continuación, había enviado unas cuantas fotografías que decidí ver más tarde. Otro mensaje era de Susana:

Hola, Tami. ¿Qué tal estás?

Pensé que tenía que llamarla, pero no me apetecía hablar con ella. Quería hablar de cómo me sentía, de lo que me estaba ocurriendo, pero no con ella. En realidad, caí en la cuenta, no tenía a nadie con quien compartir todo aquello. El último mensaje era de Raúl, un compañero del taller. Decía:

Hola, Tamara. Me ha parecido raro que no hayas venido estos días, ¿todo bien?

Aquel mensaje me sorprendió, porque apenas habíamos cruzado un par de palabras.

Contesté los tres mensajes —«Qué guay, pásalo muy bien, mamá, ¡¡un beso!!», «Un poco desanimada estos días, pero se me pasará, gracias. Un beso» y «¡Hola, Raúl! Seguramente vaya mañana, gracias por preguntar»— y bostecé. Me apetecía darme una ducha y comer algo.

* * *

Aquella noche fue la primera que Alberto y yo no nos abrazamos para dormir. No sé cómo ocurrió. En el momento ni siquiera me pareció importante. Al fin y al cabo, no todas las parejas duermen abrazadas cada noche. Pero, pensándolo con perspectiva, no tenía mucho sentido que algo tan afianzado para nosotros cambiara de una noche para otra sin más.

Hace tiempo de todo aquello, pero hoy sé que ese día marcó dos

acontecimientos importantes: el inicio de algo extraordinario y el comienzo del fin de algo también maravilloso.

Capítulo 8

Había pasado casi un mes desde el aborto y empezaba a sentirme un poco mejor. Estaba apasionada con mi nuevo proyecto de escritura, el que había comenzado aquel jueves en el que Alberto y yo empezamos a dormir sin abrazarnos. No es que hubiese ocurrido nada en concreto, pero notaba que empezábamos a distanciarnos. Ninguno había mencionado el tema: hacíamos como si no ocurriese nada. Bueno, yo dudaba de que en realidad hubiese ocurrido algo. De todas formas, no le di mayor importancia y me volqué de lleno en mi faceta de escritora.

Estaba esperando a mi madre en el aeropuerto con un cartel enorme en el que se leía en grandes letras negras «MAMÁ», rodeado de corazoncitos y diversos dibujos infantiles. Cuando la vi agité la mano con alegría y ella no tardó en verme. Estaba morena y llevaba unas gafas de sol tintadas. También se había cambiado el corte de pelo, por uno mucho más favorecedor. Como esperaba, soltó una risotada al verme con aquel cartelón que abultaba más que yo. Se acercó a mí casi corriendo y nos abrazamos con torpeza por culpa del cartel.

—¡Cariño, te he echado de menos! —exclamó con alegría.

Me di cuenta de que yo a ella también. Mucho. Mucho más de lo que hubiera admitido nunca. Incluso se me saltaron un par de lágrimas. Cuando se separó de mí, las vio y me las frotó con sus pulgares para borrarlas, cosa que normalmente me fastidia mucho que haga, pero que en ese momento no me importó nada.

—¡Pero no llores, que te he traído un regalo!

Yo sonreí. Tenerla allí ya era un regalo.

Mientras conducía de camino hacia su casa me contó sus aventuras y desventuras en Italia.

—¡Ya nunca veré la pasta de la misma forma! Con lo que me gustaba a mí la carbonara que hacía… ¡pues nada que ver, Tamara, nada que ver!

Disfrutaba viéndola tan feliz. Se lo merecía. La vida había sido dura con ella y, aunque siempre había salido adelante, normalmente tendía a la tristeza, a pesar de que siempre la disimulara con una sonrisa y su buen humor. Así que ver como casi se ahogaba al intentar contarme todas sus aventuras sin que se le olvidase ninguna me

pareció una de las cosas más bonitas que había vivido.

—¡Qué bien, mamá! Me alegro mucho de que lo pasaras tan bien.

—Ha sido genial, sí —hizo una pausa. Casi fue un alivio tener la certeza de que llegaba algo de oxígeno a sus pulmones—. ¿Y tú qué tal por aquí?

—Bien…, bien —dije con voz pastosa.

—¿Qué tal Susana, que hace mucho que no me hablas de ella? ¿Qué tal lo lleva?

Tragué saliva, incómoda.

—Pues…, la verdad es que hace una temporada que no hablamos mucho.

—¡Vaya! ¿Por eso estás triste?

A mi pesar, sonreí. Madre solo hay una. Asentí con la cabeza.

—Sí, en parte sí.

Ella guardó silencio. Supe que sabía que había algo más, pero no quiso presionarme y se lo agradecí en silencio.

—Entonces, ¿quieres que te prepare auténtica pasta fresca italiana para cenar?

Solté una carcajada. Conociéndola, sabía lo que me esperaba: comería auténtica-pasta-italiana varios días seguidos. Se las ingeniaría para hacerme ir a su casa y cebarme, me llenaría *tuppers* a decenas. Vamos, acabaría por no entrarme ningún pantalón. En ese momento, me pareció maravilloso.

* * *

Acompañamos la cena con una botella de vino (italiano) y en el postre estábamos las dos un poco achispadas. Era normal, ninguna acostumbraba a beber vino. Quizá por eso, mi madre se atrevió a preguntarme de nuevo qué me ocurría. Yo sabía que no me estaba comportando como siempre. No estaba deprimida ni nada de eso, pero sí me encontraba un poco más triste que antes, y el ocultarle una cosa tan importante a mí me incomodaba.

Intenté organizar mis pensamientos. Me había pasado aquel mes convencida de no querer contárselo y ahora dudaba. No había hablado del tema con nadie excepto con Alberto. Y aquello no era suficiente, porque no me atrevía a volcarme en él, precisamente porque él había pasado por lo mismo y lo que yo necesitaba era que alguien que no estuviera involucrado en aquel asunto me escuchara.

¿Y quién mejor para escucharme que mi madre?

Abrí la boca, pero la cerré de nuevo sin que ningún sonido saliera de ella.

No sé si fue el vino, o que me acarició la mano en el momento justo, o una mezcla de ambas cosas, pero finalmente lo dije. Fue como

cuando rompes a llorar y no puedes parar. Le conté todo: desde nuestras dudas iniciales hasta el distanciamiento que se había producido con Susana desde entonces. Ella me escuchó sin abrir la boca y en sus ojos no noté nada aparte de una profunda preocupación.

—No sabía si contártelo —concluí, con la voz ronca—. Lo siento.

A continuación, me abrazó. Nos quedamos así un buen rato, sin decir nada. Yo apoyaba la cabeza en su pecho y ese simple gesto me tranquilizaba. Fue como cuando regresas a casa después de unas largas vacaciones. Estás cansado, un poco triste, pero te alegras de estar allí.

Cuando por fin nos separamos, me dijo:

—Siento mucho que hayas pasado por todo eso, hija. Me hubiera gustado estar a tu lado.

—Lo sé, lo siento, yo…

—No, no te disculpes. No te lo digo para reprocharte nada, cariño. Te lo digo para que sepas que siempre vas a tener mi apoyo, da igual lo que ocurra. Quizá estos últimos años me he equivocado al insistir en el tema de tener niños… —se le quebró la voz—. He sido muy injusta, Tamara, lo siento.

Tragué saliva. Quizá había subestimado a mi madre.

—A partir de ahora —siguió diciendo con cariño— intentaré no volver a juzgar o cuestionar tus decisiones. Lo único que deseo es que seas feliz.

—Me ha quedado muy claro —susurré, con lágrimas en los ojos.

A veces no nos damos cuenta del valor de las cosas. Un gesto tan simple como ofrecer un hombro para llorar puede marcar la diferencia para una persona. En ocasiones buscamos el regalo ideal para alguien, deseando hacerle muy feliz, y no somos conscientes de que el mejor obsequio que podemos darle es nuestro tiempo.

Capítulo 9

Un par de semanas después —y con un par de kilos más, tal y como había previsto—, al terminar las dos horas de taller literario del miércoles recogí mis cosas y miré el whatsapp de Alberto que acababa de recibir:

No me esperes para cenar, salgo con los chicos.

Le contesté: «Ok, pásalo bien», y al repasar ambos mensajes me di cuenta de que ocurría *algo*. Unos meses atrás, la conversación hubiera sido más o menos así:

Alberto: Cari, ha surgido sobre la marcha salir con los chicos. No teníamos ningún plan, ¿no?
Yo: Je, je, je, así que noche de machitos, ¿eh? No teníamos ningún plan, tranquilo.
Alberto: Ok, no me esperes para cenar.
Yo: ¡¡Ya cuento con ello!! :p Aprovecharé para ponerme al día con *Anatomía de Grey*.
Alberto: ¡¡Pufffff!!
Yo: ¡Pásalo bien!
Alberto: Tú también. Te quiero, amor.
Yo: ¡Y yo a ti!

Estos mensajes, en cambio, me parecían fríos. Distantes.

—Oye, Tamara, ¿te apetece tomar un café?

Di un respingo, sobresaltada. Me volví y vi a Raúl. Durante un momento no supe qué decir, me había pillado desprevenida.

—Eh… ¿ahora, dices?

Él asintió con la cabeza. No era mala idea. En realidad, no tenía nada que hacer: volver a casa, cenar algo, ir a dormir. Me apetecía tener algo de compañía. Desde que Susana y yo nos habíamos distanciado no salía mucho por ahí. Pensé que tenía que llamarla sin falta. Lo había sopesado miles de veces, pero nunca encontraba el momento. No sabía qué decirle. Era como si fuéramos unas desconocidas.

—¡De acuerdo! —dije finalmente—. ¡Vamos!

* * *

El café derivó en unas cañas y las cañas en unas tapas. Raúl resultó

ser una compañía magnífica. Era divertido, ocurrente y agradable. Me recordaba un poco a Susana antes de que la amargura se apoderase de su vida. Me sentí algo culpable por pensar eso, pero era la verdad. Llevaba mucho tiempo intentando sacarla de ese pozo y se me había olvidado que antes era una chica divertida y sencilla. Añoré profundamente a aquella Susana y aproveché un momento en el que Raúl fue al baño para mandarle un whatsapp:

¡Hola, guapa! ¿Qué tal andas? Hace mucho que no nos vemos. Estoy tomando algo con un compañero del taller, ¿te apetece venir?

De paso leí el que me había enviado mi madre:

Hola cariño qué tal estás? Vienes mañana a comer? Besitos .Mamá.

Sorprendida, contesté:

¡¡¡Solo te falta poner los puntos bien para alcanzar la perfección!!! :D Ok, mañana a las dos estoy en tu casa.

En ese momento Raúl se sentó de nuevo enfrente de mí y cogió una patata.

—Está bien este sitio, ¿verdad? —comentó.

Yo terminé de tragar un trozo de calamar y coincidí con él:

—La comida está muy rica, y tiene mucho ambiente.

Me sonrió.

—Bueno, ¿qué tal va ese proyecto literario con el que estás tan entusiasmada? —me preguntó—. Hace mucho que no nos lees nada.

Sentí que me ponía colorada.

—Estoy muy ilusionada con él —confesé—. Lo que pasa es que no es algo que quiera compartir hasta que esté terminado.

—Ajá —dijo—. Me parecía raro que en la última temporada no leyeras nada.

—Pues es por eso.

—Oye, últimamente he estado pensando en algo. Bueno, que a lo mejor tú ya lo estás haciendo, ahora que lo pienso. La verdad es que esta es la primera vez que tenemos una conversación en condiciones.

Me metí otro calamar en la boca y asentí con la cabeza.

—Sí, quizá deberíamos salir todos juntos de vez en cuando. Bueno, ¿qué es eso que has estado pensando?

—Le estoy dando vueltas a la idea de mover un poco mis escritos… Quiero decir, suelo escribir y, aparte de lo que comparto en el taller, normalmente son cosas que nadie llega a ver. Me gustaría que alguien lo hiciera.

Asentí, interesada. Yo tenía un pequeño grupo de gente que solía

leer lo que escribía —Alberto, mi madre, Susana y alguna compañera de trabajo que se interesara por el tema—, pero en realidad mi sueño siempre había sido ser una escritora *de verdad*. Supongo que es lo que cualquier persona a la que le guste escribir desea. Esa idea siempre había estado en mi cabeza, pero no había hecho gran cosa para lograrlo, excepto, claro está, escribir. Así que me sentía muy identificada con lo que me decía Raúl.

—Había pensado enviar alguna novela a varias editoriales y agentes literarios, a ver qué tal.

—¡Pues me parece una gran idea!

—Ya he estado investigando y tengo un listado. Y ya he escrito también la carta de presentación y demás.

—Te veo preparado —sonreí.

—Sí, la verdad es que, aunque sé que las posibilidades son bajas, me hace ilusión intentarlo.

Me limpié los labios con la servilleta y di el último trago a mi cerveza.

—Pensé que a lo mejor tú también te podrías animar a hacerlo. Me gusta cómo escribes —prosiguió.

—¡Gracias! —exclamé mientras me sonrojaba. Es algo que no puedo evitar: si halagan mi forma de escribir me da un poco de corte —. Yo en algún momento pensé en la autopublicación, pero luego nunca me puse a ello en serio. Supongo que me dio pereza todo el trabajo que conlleva.

—Sí, yo también lo pensé, pero me pasó lo mismo que a ti —dijo, soltando una carcajada—. A lo mejor somos demasiado vagos para ser escritores famosos.

Me reí.

—Bueno, es que no solo es escribir —dije cuando recuperé el aliento—. Es corregir, maquetar, diseñar la portada, promocionar el libro… No es ninguna tontería. De hecho, aunque algunas personas dicen que la autopublicación es la salida fácil, yo no lo tengo tan claro.

—Ya. Yo de momento voy a probar con lo que te he dicho.

—También está la opción de los concursos literarios. Yo he participado en algunos, pero nunca he tenido suerte. O talento, vaya.

—Más bien suerte —apuntó él.

—Sí, prefiero pensar eso —respondí, riéndome de nuevo.

Me disculpé para ir al baño y, mientras esperaba en la cola, aproveché para avisar a Alberto de que quizá también llegara tarde yo. Vi que Susana había contestado al mensaje que le había enviado antes con un «No, muchas gracias, ya nos vemos otro día». Casi me alegré de que su respuesta fuera negativa, porque había olvidado por completo haberla invitado, y si hubiera contestado con un sí y no lo

hubiera visto hasta ahora, no habría quedado muy bien…

Al regresar a la mesa, vi que Raúl había pedido otro par de cañas.

—Tú pretendes que me pase toda la noche en el baño, ¿no? —bromeé.

Me guiñó un ojo.

—En realidad pretendo emborracharte.

Arqueé las cejas. Una idea fue tomando forma en mi mente. Había dado por sentado que esa salida era amistosa: dos compañeros de curso que van juntos a tomar un café —bueno, vale, un café que se convierte en cena; estamos en España, eso suele pasar—, pero quizá debería haber pensado un poco más allá. Tal vez Raúl se sintiera atraído por mí… Creía haber mencionado en algún momento a Alberto, pero no tenía la certeza. Así que no sabía qué decir. Por suerte, no tuve que pensar mucho más, porque enseguida concretó:

—Es una broma. Parecía más graciosa en mi cabeza… —Se mordió el labio inferior antes de decir—: La verdad es… la verdad es que esta última temporada te he notado un poco distinta y… no es que me quiera meter en tus asuntos, pero pensé que te vendría bien cambiar un poco de aires. Ya sabes, salir con gente distinta de la habitual…, que esa gente te emborrache… Esa era la broma. En realidad no tiene gracia, tienes razón.

Me reí.

—Bueno, no está tan mal. Quiero decir…, mejor sigue escribiendo novelas de misterio, ¿vale? El humor no sería lo tuyo —dije con una sonrisa.

Él se rio.

—Bueno, pues… Bueno, que no quiero meterme donde no me llaman, pero si alguna vez te apetece hablar o lo que sea…

Tragué saliva. No estaba acostumbrada a que un «casi desconocido» se interesara por mí. Reconozco que, en cierto modo, me resultó sospechoso. Pero por otra parte lo agradecí. Hasta me pareció buena idea. Aún no estaba preparada para compartir nada con él, no lo conocía lo suficiente, pero no lo descarté. Tal vez, con el tiempo… Podría ser.

* * *

Cuando llegué a casa, Alberto ya se estaba poniendo el pijama. Añoré la ilusión que siempre me hacía antes, cuando había salido cada uno por su lado y coincidíamos para meternos en la cama a la vez. Esa noche me resultó un poco indiferente. No hablamos mucho mientras nos cambiábamos y nos turnamos para lavarnos los dientes. Cuando regresó él, que había ido después que yo, ya estaba dormida.

Capítulo 10

Ocurrió justo tres meses después del aborto. No puedo decir que me sorprendiera, pero sí cambió mi vida por completo. Estábamos cenando en silencio, no un silencio cómodo como los que compartíamos muchas veces, sino uno tenso y vacío. Se limpió la boca con la servilleta y me miró a los ojos. Leí en los suyos lo que iba a decir, pero aun así pronunció las palabras:

—Creo que deberíamos separarnos.

Asentí con la cabeza, dejando en el plato el tenedor con un trozo de tomate pinchado en él.

Así de fácil y, a la vez, así de complicado. No nos hicieron falta las palabras ni un intento de *arreglar* nada. No había nada que arreglar, porque nada estaba estropeado. Simplemente nuestro tiempo juntos se había agotado.

Tendemos a creer que las relaciones han de durar toda la vida. Que elegimos a una persona para compartirla y ha de ser para siempre. Alberto y yo siempre habíamos tenido claro que eso podía cambiar en cualquier momento, que no hacía falta que ocurriese nada en concreto, que nuestro amor simplemente podía acabarse sin más. Tal vez el aborto tuvo algo que ver, tal vez no. Pero lo que estaba claro era que en aquel instante no nos amábamos el uno al otro. Sé que habrá mucha gente que no entendería esto, irónicamente, por su extrema sencillez. Buscamos explicaciones a todo, cuando a veces la respuesta es tan fácil como que es natural. Es natural que el amor se acabe —igual que lo es que no lo haga—, es natural no querer tener hijos —como lo es querer tenerlos— y es natural que te guste el color rojo —igual que si te gusta el azul—. Las cosas son esencialmente simples, pero nosotros las complicamos.

Hoy quieres compartir tu vida con alguien y mañana, no. Tan simple como eso. Por supuesto, en algunas ocasiones se mezclan cuestiones prácticas que hacen que la gente no actúe como desea, sino como puede. Y también eso es natural.

Quizá por esa forma peculiar de ver las cosas, la separación fue lo menos traumática que podía ser. Que diga esto no quiere decir que resultase fácil, así que fueron momentos duros para los dos.

Las cuestiones prácticas no fueron un obstáculo para nosotros, ya

que vivíamos en un piso de alquiler y cada uno tenía su trabajo, por lo que ambos podíamos subsistir sin el otro. Como ninguno de los dos queríamos conservar el piso que habíamos compartido, decidimos dejarlo y que cada uno alquilase uno por su cuenta.

Por entonces mi madre finalmente había alcanzado la perfección enviando whatsapps —y no solo eso: también había aprendido a poner el micrófono en el lugar correcto de su oreja y nuestras conversaciones de voz ya eran completamente normales— y, preocupada por mí, me avasallaba preguntándome qué tal estaba a todas horas:

Mamá (14/6; 12:23): Hola, Tamara. ¿Qué tal estás, hija? Besitos, mamá.
Yo (14/6; 12:30): Bien, atareada con la mudanza y todo eso, pero bien, ¡gracias! :D
Mamá (14/6; 17:44): Hola, hija. ¿Qué tal sigues? Besitos, mamá.
Yo (14/6; 18:30): ¡Hola! Bien. ¡Ya por fin tengo el somier y el colchón!
Mamá (14/6; 20:32): Hola, cariño. ¿Cómo vas? Besitos, mamá.
Yo (14/6; 21:02): A punto de cenar, ¡¡muy bien!!
Mamá (15/6; 2:00): Tamara, me voy a dormir, ¿estás bien? Besitos, mamá.
Yo (15/6; 2:01): Yo ya estaba dormida…

Fue una época en la que eché mucho de menos a Susana. Al final no había llegado a llamarla. Al principio porque me sentía incómoda, como si fuera a hablar con una extraña, y después porque, al haber pasado tanto tiempo, no sabía qué decir.

Raúl me ayudó con la mudanza. No me hizo preguntas, tan solo estuvo allí. Fue una de las noches en las que cenamos juntos en aquel piso medio vacío cuando me sinceré con él. Estábamos comiendo pizza y viendo la tele —en el suelo, porque aún no tenía muebles, exceptuando la bici estática, que ahora nadie podía culparme de seguir usando de perchero— cuando salió un anuncio de pañales. Raúl profirió aquel «¡ohhh!» que todos solemos exclamar cuando vemos un ser pequeño: un bebé, un cachorro, un gatito…, cualquier criatura que se nos antoje indefensa.

—¿Qué pensarán ellos? —solté, más bien pensando en voz alta.

—¿Eh? ¿Quiénes?

—Los bebés. Quiero decir, hablamos con ellos con esa voz engolada y decimos cosas como: «¿A que sí que eres muy guapo?, ¿eh, cariño?, ¡claro que sí!» —esto último lo dije imitando la voz de quien habla con un bebé. Raúl empezó a reírse—. ¡En serio! Apuesto a que piensan que somos estúpidos. ¿Por qué les hablamos así, eh?

—¿Vamos a tener otra conversación filosófica de las nuestras?

Nos habíamos acostumbrado a tener conversaciones sobre el origen del universo y del hombre, de hacia dónde vamos, de la psicología del comportamiento…, en fin, somos así de raritos. Las únicas conversaciones normales que tenemos son las centradas en nuestra afición común. Ambos habíamos hecho progresos en ese campo: habíamos enviado algunos de nuestros escritos a distintas editoriales,

agentes literarios y concursos. Raúl había terminado su última novela y yo estaba llegando también al final de la mía. En realidad, no quería terminarla. Me estaba acompañando en momentos difíciles y me había servido como consuelo todo el tiempo. Era parte de mí. Todos mis escritos lo son, pero este el que más.

—Piénsalo bien, hombre —insistí. En aquel momento me parecía un tema apasionante.

Raúl mordisqueó su trozo de pizza antes de dejar el borde en la caja. Me daba rabia que hiciera eso. ¿Por qué la gente tira el borde de la pizza?

—Pues no sé lo que pensarán, pero te miran con esos ojos y se te olvida todo. Tiene que ser increíble tener uno, saber que ese pequeño ser lo has creado tú de la nada prácticamente, ¿sabes?

Asentí con la cabeza. Realmente es un proceso que parece mágico.

—No me importaría tener uno —dijo con un tono de voz serio.

Lo miré de reojo y me mordí la lengua para no decir: «¡No me digas! No me había dado cuenta…». Él prestaba más atención a los críos que al trasero de cualquier chica atractiva. Es decir, si tú le pones dos fotografías delante, una de un bebé y otra de una chica en biquini, primero se fijará en la del bebé.

—¿Tú quieres tener hijos? —me preguntó con naturalidad.

—No.

Silencio.

Era la primera vez que, después de esa contestación, mi interlocutor no me preguntaba: «¿Y por qué?». Me sentía incluso rara al no tener que dar explicaciones.

Bebimos cerveza en silencio, cada uno pensando en sus cosas, y en un momento en el que nuestras miradas se encontraron, se arrastró hacia mí y se quedó muy cerca. Por un momento pensé que iba a besarme, pero me abrazó. Estuvimos así un rato, no sé si fueron cinco minutos o una hora. Yo me sentía cómoda, segura y relajada. Tan relajada que debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que recuerdo fue que desperté y estábamos tumbados en el suelo, abrazados. Busqué su cara en la penumbra y vi que me estaba mirando. Me sonrió.

—¿Por qué? —le pregunté. No hacía falta que le explicara nada. A veces nos entendemos casi sin hablar.

—Pensé que te vendría bien un abrazo.

Sonreí. En realidad, era una respuesta que no podía fallar. A todos nos viene bien un abrazo en cualquier momento. Nos abrazamos poco. Subestimamos su poder y tendemos a hacer que la gente hable sin parar. A veces, tan solo es necesario un abrazo para decirlo todo, para escucharlo todo.

—Estuve embarazada. —No tenía planeado contarle nada. No lo

hice como si fuera un gran secreto del que me estuviera descargando. Lo hice como le contaría que en mi décimo cumpleaños quería una Barbie pero en su lugar tuve una Nancy. Como un hecho más en mi vida. Él no dijo nada, solo me acarició la cabeza. Yo podía oler su loción para después del afeitado. Me di cuenta en ese momento de que era un aroma que me empezaba a resultar muy familiar—. Aborté. Fue algo antes de que saliéramos tú y yo la primera vez.

Raúl seguía sin decir nada. Nada de preguntas.

Pensando ahora en todo aquello, fue una situación que a cualquier persona debería haberle parecido extraña. No teníamos tanta confianza como para estar allí tumbados en la oscuridad, abrazados y charlando. Sin embargo, nos resultaba tan natural como salir a tomar un café.

Me dio un beso en la frente, siguió acariciándome el pelo y volví a quedarme dormida.

Capítulo 11

Una de las consecuencias de romper la relación con Alberto fue que la gente dejó de preguntarme: «¿Y vosotros, para cuándo?», lo cual fue un alivio. Nosotros bromeábamos sobre ello en las escuetas charlas que teníamos. No rompimos el contacto, pero sabíamos que necesitábamos tiempo para poder tener una amistad sin complicaciones. Nuestras conversaciones eran algo neutras, de este estilo:

—¡Hola! ¿Qué tal va todo? ¿Qué tal el nuevo piso?
—¡Genial! Aunque no termina uno nunca de desembalar cajas, ¿no crees?
—Ya te digo. Estoy pensando en dejarlas así para no tener que hacer el esfuerzo en la próxima mudanza. Total…
—Ya, también se me ha pasado por la cabeza a mí. Oye, ¿qué tal tu madre?
—Ah, muy bien, ¿sabes que ya entiendo sus whatsapps?
—¡Nunca lo hubiera creído posible!
—Pues es así, tal y como te lo cuento. ¿Y Pablo y Maribel? ¿Y el niño?
—Están genial. No los veo mucho, ya sabes, ahora dedican todo su tiempo a cambiar pañales y demás, pero por lo que hemos hablado, están muy felices.
—Me alegro por ellos.
—Yo también.
—Bueno, pues nada, te dejo, a ver si de verdad desembalo alguna caja más hoy.
—Suerte con eso. Yo lo doy por perdido. ¡Chao!
—¡Hasta luego!

Pero otra de las consecuencias de nuestra separación fue que la gente empezó a querer emparejarme. Tuve la sospecha de que lo hacían para poder volver otra vez sobre el tema no-entiendo-por-qué-no-quieres-niños. Como ya dije, estando soltera una está salvada de ese tema. Lo que no sabía era que la gente se volcara tanto para subsanar ese inconveniente.

Hasta Soraya, en un cambio de turno, me comentó:

—¿Te apetece salir esta noche? ¡Conozco a un tío con el que creo que congeniarás!

Por el momento no estaba interesada. Estaba muy ocupada con la mudanza —que empezaba a ser una utopía, porque una vez tuve lo imprescindible para estar cómoda, me fui olvidando de abrir cajas— y con mi novela. Empecé a llamarla en secreto «la niña de mis ojos».

Raúl y yo nos veíamos casi a diario. Los lunes, miércoles y viernes acudíamos, como siempre, al taller de literatura, y el resto de las tardes solíamos pasar algunas horas juntos, bien escribiendo, bien charlando. Aquella tarde me encontraba muy concentrada en «la niña de mis ojos» cuando él, sentado a mi lado, exclamó:

—¡Hostia!

Lo miré y vi que tenía los ojos muy abiertos, mirando fijamente la pantalla de su móvil, con expresión de incredulidad. Me picó la curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Soy… Tamara, ¡soy finalista! Mi relato… ¡Mi relato es finalista!

—¿De qué concurso? —pregunté expectante. En realidad, daba igual. ¡Era finalista! ¿Qué más daba de qué concurso?

—De ese cuyo tema era libre.

No se lo podía creer. Estaba nerviosísimo. No era para menos.

—¡Es genial, Raúl! —exclamé—. ¡Déjame ver!

Le arranqué el móvil de las manos y leí el correo que le habían enviado. No solo recibiría tres mil euros en metálico, sino que en un par de meses asistiría a la gala de entrega de premios y él y su relato serían presentados junto con el ganador.

Raúl se había puesto a dar paseos por la habitación, frenético.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te lo puedes creer? ¡¿Te lo puedes creer?!

Yo sonreía. También me había puesto nerviosa. Me temblaban las manos y respiraba agitadamente.

—¡Enhorabuena! —grité, y me abalancé hacia él para abrazarle con fuerza—. Te lo mereces, te lo mereces mucho. Es genial.

Me devolvió el abrazo y, cogiéndome en volandas, empezó a girar conmigo hasta que nos mareamos. Yo le exigía entre carcajadas que parase y terminamos tirados en el sofá, mareados y muertos de risa.

—Esta noche salimos a celebrarlo, ¿vale? —me propuso—. ¡Nos vamos a tomar unas copas!

—Vale, vale, pero cenemos primero, ¿eh?

—No tengo hambre…

—Eso es por la emoción. Pero prueba a tomarte una copa con el estómago vacío… Ya no tenemos edad para eso —dije sacándole la lengua.

—Boba —me dijo en broma—. Vale, pediremos algo para cenar. Vete pensándolo, voy al baño.

—Eso, que casi te meas de la emoción —le piqué.

—Boba —repitió, y se rio mientras desaparecía por el pasillo.

En ese momento sentí envidia. Me alegraba por él, por supuesto, pero al fin y al cabo nuestro sueño era el mismo. Y él iba a conseguirlo. Deseché ese pensamiento de mi cabeza. Pues claro que yo también lo conseguiría. Y si no lo hacía, de todas formas, seguiría escribiendo. Es lo que amo hacer. No ser lo suficientemente buena —o no tener la suficiente suerte— no iba a impedir que disfrutara de ello. Y, de todas maneras, lo pensaría al día siguiente, porque esta noche era de Raúl. Se merecía celebrarlo a lo grande.

Aun así, miré mi móvil, por si tuviera un correo informándome de que *también* yo era finalista. Pero no. Tan solo había un whatsapp de mi madre:

> Cariño, ¿te apetece que quedemos mañana para comer? ¿A las tres en casa? Besitos, mamá.

Le contesté: «Ok, ¡allí estaré!», y decidí que aquella noche me apetecía cenar hamburguesa.

* * *

Un par de horas después estábamos tomando nuestra segunda cerveza en un *pub* irlandés. Aún conservábamos todo el entusiasmo producido por la noticia. Bueno, en realidad creo que se nos empezaba a ir un poco la cabeza, sobre todo en ese momento, en el que estábamos ensayando por tercera vez cómo sería la gala de entrega de premios. Yo hacía el papel del maestro de ceremonias.

—Y con todos ustedes… —decía, sujetando la copa de cerveza a modo de micrófono— lo que han estado esperando toda la noche…

—Toda la noche no —interrumpió mi amigo, engolando la voz como si fuera una persona del público—. ¡Toda la noche hemos estado esperando al ganador!

—¡El ganador tiene enchufe! El verdadero protagonista de la noche, la persona con más talento del concurso…

—El más guapo, listo e inteligente…

—¡Raúl Sánchez! —exclamé, alargando la última sílaba de su apellido. A continuación, imité la reacción hipotética del público con aplausos, silbidos y vítores. Raúl extendió la mano, como diciendo que podían parar de agasajarle. Estaba muy metido en su papel.

—Bueno, cuéntanos, Raúl —dije, imitando de nuevo la voz de un presentador—, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué tiene tu relato de especial? ¿Qué tiene Raúl Sánchez de especial?

Él se aclaró la garganta.

—Bueno, antes que nada quiero agradecer su apoyo a mi profesor y mis compañeros del taller literario. ¡No hubiera llegado hasta aquí sin vosotros, gracias!

Solté una carcajada que él me reprochó en broma con la mirada.

—Y gracias a todos los que están aquí, gracias por el premio, gracias por la pasta, gracias, gracias, gracias.

—Cuéntanos, Raúl, ¿qué fue lo que te inspiró para escribir *El reloj*? —pregunté. Yo también estaba tan metida en mi papel que extendí mi copa micrófono hasta su boca para que hablase y le salpiqué. Se empezó a limpiar la espuma de la cara con mucha dignidad, lo que me hizo soltar una risotada.

—Supongo… —dijo, ignorando el hecho de que tenía la cara llena de cerveza, lo que hacía la situación más divertida—. Supongo que fue el tema propuesto.

—¿El tema libre? —inquirí sarcásticamente, y él se empezó a reír —. Señor Sánchez, por favor, que tiene usted un público que satisfacer —fingí enfado en la voz—. Compórtese o nos quedamos con la pasta.

—De acuerdo, de acuerdo. Bien, pues supongo… que en cierto modo sí me inspiró el poder elegir yo mismo el tema. *El reloj* vino a mi cabeza solo. Como si tuviera vida propia. Como si me manejara de algún modo y hubiera hecho que escribiera cada una de esas palabras.

—Lo cual resulta irónico —dije yo, haciendo referencia al argumento de *El reloj*—. Tal vez no todo lo que dice tu relato sea ficción…

—Quién sabe —respondió Raúl misteriosamente.

—Pues ha llegado la hora de que nos leas *El reloj*, Raúl. Con todos ustedes…

—¡Disculpe! —exclamó él levantando la mano. Dejé la frase a medias—. ¿No me pregunta qué voy a hacer con el premio?

—Eh… Sí, por supuesto, ¡por supuesto! ¿En qué vas a invertir esos maravillosos tres mil euros?

—Voy a hacer un viaje —dijo con los ojos brillantes—. Voy a ir con una amiga. Quizá uno de esos viajes de sol y playa y nada más. ¿Cuándo puedes coger vacaciones?

Tardé un momento en procesar lo que eso significaba.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunté. De repente me había puesto nerviosa.

—Quiero *invitarte* a hacer ese viaje.

—No, no, de eso nada —negué con la cabeza—. No. Quiero decir…, me encantaría ir de vacaciones contigo, pero no puedo permitir que me invites.

—Venga, Tamara, imagínatelo: quince días sin hacer nada más que tomar el sol, leer, escribir, comer y beber.

—¡¿Quince días?! ¿Ya lo tienes todo decidido?

Él se rio.

—Bueno, se pueden hacer cambios, son solo ideas. ¿Qué, te animas?

—Haré cuentas.

—Quiero invitarte. De verdad, *quiero* hacerlo.

—Pero… —dije, dubitativa—. No me gustaría hacerte un feo, de verdad que no, pero ¿cómo voy a dejar que me invites?

—Es que eso no es algo que tengas que pensar. Escucha: por primera vez en mi vida he conseguido algo que quería. Y quiero compartirlo contigo.

Sonaba tan convencido que me hizo sonreír.

—De acuerdo —acepté—. Hagámoslo. Pero con una condición: hoy invito yo. —Levanté mi copa, animándole a brindar.

—Pues a lo mejor te sale caro —respondió mientras cogía su copa y la chocaba con la mía.

* * *

Dos cervezas después ya habíamos organizado el viaje en nuestra imaginación. Teníamos esa mirada perdida en el infinito propia de quien está soñando despierto. Casi podíamos notar el olor a salitre y a crema protectora, la brisa acariciándonos el pelo, el sol calentando nuestra piel…

—Perdona —me interrumpió una voz que me sobresaltó. Volví a la realidad y me encontré con una chica que me miraba fijamente. Tenía el pelo oscuro larguísimo y unos grandes ojos azules. Me cayó bien al instante. Miré de reojo a Raúl y me di cuenta de que la miraba embelesado. Era una de esas mujeres que uno no puede dejar de mirar, independientemente del gusto sexual de cada uno.

—Sí, dime —contesté.

—¿Os importaría dejarme un móvil? El mío ha muerto y no sé dónde están mis amigos. Creía que habíamos quedado aquí, pero… me parece que me he confundido… otra vez —esto último lo dijo entre dientes mientras miraba con fastidio la pantalla apagada.

—Oh, claro, sin problema —contesté mientras buscaba en mi bolso.

—Siento mucho haberos interrumpido. No sé dónde tengo la cabeza. Juraría que habíamos quedado aquí… —Miró a su alrededor con cara de despiste—. O quizá era en el Tijuana…

Me pregunté si estaba puesta. Pero no me lo parecía. No tenía los ojos rojos ni nada de eso. Tampoco soy una experta en detectar quién está drogado y quién no, la verdad.

—Aquí tienes —le dije mientras le entregaba mi móvil.

—¡Muchas gracias! Será solo un momento.

Sonreí e hice un gesto con la mano, como queriendo decir que hablase el tiempo que quisiera. Me volví hacia Raúl y le guiñé un ojo. Esperaba que entendiera que quería decir: «Es mona, ¿no?». Pero no debió de entenderlo, porque me miró con los ojos muy abiertos, en una clara expresión que significaba: «¿Qué coño dices? ¡No entiendo nada!». Puse los ojos en blanco.

—¡Joder! —exclamó entonces la morena. Se acercó a mí con cara de vergüenza—. Soy imbécil, tenéis que perdonarme. —Y soltó una carcajada.

No sé si fue por las cervezas o por lo súbito de su risa, pero me contagió y yo también empecé a reírme. Al empezar yo, a ella le entró

más risa y creamos un círculo vicioso en el que terminó participando también Raúl. Este, cuando conseguía respirar, preguntaba: «¿De qué os reís?», lo que, por alguna razón, nos hacía más gracia, y yo contestaba: «¡No lo sé!» a trompicones, mientras la chica, entre gruñido y gruñido —puede que su risa fuera lo único en ella poco atractivo—, no arrancaba a decir nada más allá de: «Po'j que… que… po'j que…» —algo que yo, en un alarde de creatividad, conseguí traducir como: «Pues que… pues que…».

Creo que fue una cuestión de supervivencia el que dejásemos de reírnos. Cuando lo hicimos, algunas personas nos miraban con curiosidad. Me limpié las lágrimas y arruiné mi maquillaje, todo en un gesto.

—No os riáis —dijo la chica—, pero… es que no puedo llamar con tu móvil porque no me sé el número de ninguno de mis amigos. —Encogió los hombros como para disculparse y al devolverme el móvil, añadió—: Creo que por inercia he entrado en tu listado de llamadas. Lo siento.

—No te preocupes —le dije—. Estamos tan acostumbrados a tener todos los números guardados en el móvil que ya no nos sabemos ni el nuestro de memoria.

—Bueno, pues muchas gracias, chicos. Os dejo ya tranquilos.

—¡Oye! —exclamó Raúl—. Tómate algo con nosotros. Si no sabes dónde están tus amigos…

Me sorprendió. Él no es una persona excesivamente sociable. Pero quizá la mezcla de la gran noticia con las cervezas y los ojos y el pelo —y todo el conjunto, para no extenderme más— de esa chica le habían impulsado a hacerlo.

La morena me miró, dubitativa. Tal vez pensara que estaba interrumpiendo algo.

—¡Claro! —exclamé—. Iré a por otra ronda. ¿Tú qué quieres?

—Mmm… lo mismo que vosotros. —Parecía un poco perdida—. Me llamo Vanesa, por cierto.

—Yo soy Tamara, y él es Raúl.

—Encantada —sonrió mientras rebuscaba en su bolso y murmuraba—: ¿Dónde demonios lo habré puesto? Jo…, siempre me pasa igual. —Empezó a sacar un montón de cosas y a ponerlas encima de la mesa. No pude evitar fijarme en que Raúl observaba con incredulidad cómo se iba llenando la mesa de tantos objetos que parecía mentira que cupiesen en aquel pequeño bolso que llevaba Vanesa: maquillaje, tampones, pañuelos, decenas de papeles arrugados, el móvil estropeado…—. ¡Ajá! ¡Aquí está! —exclamó contenta mientras sacaba un monedero. Lo abrió y sacó un billete de veinte euros, que me tendió diciéndome—: invito yo, por las molestias.

No discutí. Sé lo difícil que es llegar hasta el monedero en un bolso tan desordenado. Rechazar el billete habría dado al traste con tanto esfuerzo.

—Genial, ahora vengo —dije.

Ya me estaba alejando de ellos, pero me dio tiempo a ver la cara de estupor que puso Raúl cuando vio que Vanesa volvía a meter sin ningún cuidado en su bolso todo lo que había dejado encima de la mesa, incluidos los papeles arrugados, que hasta yo habría aprovechado para tirar.

Sonriendo, caminé hasta la barra y le hice señas al camarero. Mientras esperaba a que me sirviera, noté que alguien me tocaba en el hombro. Me volví esperando ver la cara de Raúl diciéndome: «Esta chica está muy buena, pero está zumbada. ¡Huyamos!», pero la cara que vi fue la de Alberto, sonriéndome.

Capítulo 12

Era la primera vez que nos veíamos desde la ruptura y no supe cómo reaccionar. ¿Debía darle dos besos o uno en la mejilla? No quería resultar fría, pero tampoco demasiado cercana. Es curioso cómo nos comportamos cuando se termina una relación. No sabemos cómo tratar a esa persona y el resultado es una amalgama de comportamientos contradictorios y poco naturales. Por suerte, él solucionó esa parte dándome un abrazo, que yo le devolví con agrado.

—¡Qué coincidencia encontrarnos aquí! —exclamó cuando nos separamos.

Asentí mientras miraba a sus espaldas y veía a sus amigos sentados a una mesa, mirándonos. Les saludé con la mano, un poco cortada.

—Sus cervezas —interrumpió el camarero, y con una sonrisa de agradecimiento le di el billete y esperé por el cambio.

—¿Te apetece que tomemos una juntos? —me preguntó Alberto.

—Oh, en realidad… —dije, señalando hacia donde estaban Raúl y Vanesa. Vi que se estaban riendo y que mi amigo se acercaba mucho a ella—. En realidad, creo que estoy haciendo de sujetavelas, así que sí. —Me reí y él también lo hizo.

*   *   *

Media hora después ya habíamos roto el hielo. Después de llevarles a Raúl y Vanesa sus bebidas, Alberto y yo nos habíamos sentado en una mesa apartada y nos habíamos puesto al día.

—Pues el pobre Pablo no puede pegar ojo por las noches y está siempre agotado —estaba diciendo él.

—Suele pasar con un bebé —reí yo.

—Oye, Tamara —dijo, dubitativo. Yo le sonreí, animándole a continuar—. ¿Tú piensas alguna en vez en…? Ya sabes.

—Sí. Por supuesto que lo hago. Pero sé que hicimos lo correcto. Sé que no hubiéramos sido felices y ese niño tampoco.

Él asintió con la cabeza.

—Pero a veces… —continué.

—A veces duele, ¿verdad?

—Sí.

—También duele el que ya no estemos juntos —añadió.

—También eso duele, sí.

—Y, sin embargo, no hubiéramos sido felices de haber continuado juntos.

—Eso es.

—¿Sabes que somos un poco raros, Tamara? —dijo él con una risita.

Supe de inmediato a qué se refería.

—¡Lo sé!

—¿Sabes?, los chicos me preguntan que por qué no nos dimos otra oportunidad. Que cómo simplemente lo dejamos ir, que por qué no luchamos por ello.

—Ya, me lo imagino. No es fácil de entender. No es la forma de pensar más corriente. La gente siempre habla de luchar por su relación, de intentarlo con todas sus fuerzas…

—Pero si se acaba, se acaba. Si ya no sientes… —se calló y se mordió el labio. No quería hacerme daño diciendo en voz alta lo que ambos sabíamos. Así que lo hice yo.

—Si ya no nos amábamos, no había nada que pudiéramos hacer por traer de vuelta ese amor. Tal como viene, a veces se va.

—Así es. Así fue.

Dimos un trago a nuestras cervezas, pensativos.

—¿Crees que tuvo algo que ver el asunto del aborto?

Respiré hondo.

—No lo sé. Es algo que he pensado en alguna ocasión, pero no lo sé.

—¡Míranos! —exclamó él con los ojos muy abiertos—. Aquí, hablando de nuestra ruptura como si habláramos de otras personas. A veces creo que no somos humanos, Tamara.

—Pues lo somos —dije yo, un poco herida. Alberto no siempre había sido tan racional. Muchas de esas creencias las había adoptado tras muchas conversaciones filosóficas conmigo.

—Lo sé, perdona, no quería decir…

—Ya lo sé, tranquilo. Es que… ya sabes que a veces odio que la gente piense que soy una persona fría y sin sentimientos. No es eso. Es solo que… me guío más por la razón. Claro que lo estoy pasando mal. Y claro que te echo de menos. Echo de menos nuestra vida juntos. La que *teníamos*, no la que hubiéramos tenido de seguir juntos. En el momento en el que las cosas cambian, creo que lo mejor es aceptarlo y seguir adelante. —Dudé un momento—. Quizá es cierto que soy un poco fría.

—Yo no lo creo —dijo él—. Te conozco, Tamara. Puede que te conozca mejor que nadie y sé que tú sufres como todo el mundo, pero tienes una visión de la vida distinta de la corriente. Es una de las cosas

que me enseñaste. Y viendo las cosas así esto se me hace más fácil.

—Me alegro. —Sonreí con tristeza. Estaba un poco confusa. Era cierto que yo tenía una visión particular de la vida, pero muchas de esas ideas habían sido solo eso, ideas. Teorías. En los últimos meses las había puesto en práctica y me sorprendía lo poco que me costaba. Tal vez era una buena forma de ser feliz, quizá a costa de parecer un bicho raro.

—Oye, ¿volviste a hablar con Susana?

Negué con la cabeza.

—He pensado en llamarla un montón de veces. Ya sabes, siempre ocurre lo mismo. Nunca encuentras el momento y luego un día te das cuenta de que ya es demasiado tarde…

—¿Y…? ¿Qué más? Porque esa no es la única razón, ¿verdad?

Sonreí. Realmente me conocía. Dejé vagar la mirada por el local antes de responder. Raúl y Vanesa seguían enfrascados en su conversación, aunque el lenguaje corporal de mi amigo había cambiado: ya no se acercaba tanto a ella. Fruncí el ceño antes de responder a la pregunta:

—En realidad estoy enfadada. Un poco herida. Todo el tiempo que ella lo pasó mal con lo de no lograr quedarse embarazada… yo estuve allí. Siempre. —Hice una pausa. A veces decir las cosas en voz alta las hace más reales. Una puede ignorar que piensa una cosa, pero cuando la dice, se queda ahí para siempre—. Y ella no ha estado a mi lado cuando la necesitaba. Ya sé que era muy duro para ella, lo entiendo, pero… me sentí abandonada.

—Tal vez ella no se dio cuenta de que la necesitabas tanto. Tal vez pensó que para ti fue algo más fácil…

Apreté los puños con enfado.

—¿Así es como me ve la gente? ¿De verdad piensan que soy tan fría? Quiero decir, si ni siquiera mi mejor amiga puede ver que yo también sufro…, entonces…

Alberto me acarició la mano hasta que la relajé.

—Escucha —susurró—. Susana te entiende. Ella sabe que también sufres. Puede que a la gente le cueste un tiempo saber cómo eres y que al principio crean todo eso que has dicho ahora. Pero una vez se te conoce bien…

Pensé en Raúl. Él no me había juzgado. Respetaba mis decisiones y no preguntaba el porqué de ellas. Poco a poco me iba conociendo sin preguntarme, solo observándome.

—Creo que Susana simplemente no se vio con fuerzas para apoyarte. Se comportó de forma egoísta.

—Cosa bastante humana, por otra parte.

—Así es —dijo él asintiendo con la cabeza—. Pero creo que tú ahora tampoco tienes ganas de seguir apoyándola. Necesitas tiempo

para salir adelante tú también.

—Eso es —musité. Ahí estaba la verdadera razón. Ahora mismo no *quería* contactar con ella. Simple y egoísta. Solemos pensar que el egoísmo no es una cualidad positiva, pero en realidad a veces es necesario, aunque nos avergüence. En ocasiones debemos ser egoístas para conseguir nuestro propio equilibrio.

—No haces nada malo, lo sabes, ¿no?

Lo sabía. A veces dudaba, pero, en el fondo, lo sabía. Asentí con la cabeza.

—Muchas gracias por la conversación.

Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Me ha gustado verte, Tamara —dijo, poniéndose en pie. Señaló con la cabeza a sus amigos, que empezaban a levantarse de sus asientos—. Ahora tengo que irme, pero espero que lo repitamos pronto.

—Lo haremos —dije, y entonces fui yo la que lo abrazó.

Capítulo 13

Al día siguiente llegué a casa de mi madre con media hora de antelación. No solía hacerlo, pero aquella mañana había puesto el punto final a «la niña de mis ojos» y me había quedado un poco perdida, sin saber qué hacer a continuación. Sabía que ahora debía dejarla archivada y, después de un tiempo, releerla e introducir los cambios que me parecieran necesarios.

Abrí con la copia de la llave que mi madre se empeñaba en que tuviera y dejé mi bolso en el armario del recibidor.

—¡Hola! —dije en voz alta para no asustarla—. ¡Ya estoy aquí!

Pasé al salón y me encontré con un chico de aproximadamente mi edad. Absurdamente, miré alrededor por si me había equivocado de casa. Mi madre entró apresuradamente.

—¡Llegas pronto! —me dijo, a modo de saludo.

Arqueé las cejas, confusa.

—Mira, este es Arturo. Arturo, ella es mi hija.

El chico me tendió la mano y me sonrió con educación. No me lo podía creer. Hasta mi madre intentaba buscarme pareja. ¿Qué era esto? ¿Un concurso para ver quién lo conseguía antes? ¿Habrían hecho una porra o algo así? ¿Por qué no podía estar nunca tranquila, sin que me preguntasen si-quieres-tener-hijos-y-en-caso-negativo-por-qué-no o sin que me buscasen pareja? Supuse que aquel era el cuento de nunca acabar. Si tuviera un hijo, la siguiente pregunta sería que para cuándo la parejita. Y podría pasarme la vida entera pariendo hasta que por fin saliera uno de distinto sexo.

Para no ser maleducada, le tendí la mano a aquel chico y murmuré un «encantada», tras lo cual le hice un gesto a mi madre para que pasara a la cocina conmigo.

—¡¿Estás loca?! —espeté, furiosa—. ¿Tú también?

—Yo, cariño, lo siento… Espera. ¿Yo también qué?

—¿También me buscas pareja? En serio, ¿tan desesperada parezco? Soy perfectamente capaz de encontrar a alguien cuando quiera, muchas gracias.

La oí tragar saliva.

—No sé qué decir, Tamara, yo…

—Pues no digas nada —la interrumpí—. He de irme —dije

mientras salía de la cocina y miraba de soslayo a aquel chico. En realidad no estaba nada mal, pero no quería que mi madre me buscase pareja como si tuviera quince años.

—Pero… la comida… —dijo mi madre detrás de mí.

—Mejor otro día. Si no hoy terminaremos discutiendo.

Llegué al recibidor, cogí mi bolso y salí de allí sin despedirme.

* * *

Me compré un sándwich y aproveché para dar un paseo por el parque. Comí sentada en un banco a la sombra. Aún estábamos en junio, pero ya empezaba a sentirse el calor. Después de degustar mi comida, llamé a Raúl. Contestó al primer tono.

—Hola, Romeo, ¿qué tal?

La noche anterior no habíamos tenido ocasión de que me contase de qué había hablado con Vanesa, ya que habíamos pasado el resto del tiempo con ella. Apenas fue una hora, pero decidí que esa chica me caía bien. Era sencilla, espontánea y realmente divertida gracias a esos despistes suyos. Además, era un imán para los chicos, tal y como pude comprobar en ese rato que estuve con ella.

—¡Hola, Tamara! ¿Qué tal la comida con tu madre?

—¡Ni lo menciones! Estoy cabreadísima con ella. De repente se ha convertido en una casamentera, ¿te lo puedes creer?

—Lo que no me puedo creer es que uses esa expresión —dijo con una carcajada.

—¿Cuál? ¿Casamentera?

—Te hace parecer vieja.

—¡Bah! Bueno, oye, que ayer no tuvimos oportunidad de charlar sobre Vanesa. ¿Qué pasó entre vosotros mientras yo estaba con Alberto?

—Eso te iba a preguntar yo precisamente.

—¿Me ibas a preguntar *a mí* de qué hablasteis *vosotros*? —respondí de guasa.

—No…, te iba a preguntar qué tal con Alberto.

—Bien, muy bien, fue una conversación agradable.

—Bien —dijo, discreto como siempre.

—Venga, pues cuéntame más sobre Vanesa. ¿Te gusta?

—Como amiga, sí.

—¿Como amiga? ¡Venga ya! Vi como se te caía la baba al verla.

—Sí, al principio, sí…

—¿Y entonces?, ¿qué pasó?

—Bueno, ya sabes que yo ando buscando algo serio.

—¿Y ella no es lo suficientemente seria?

—No es eso. Es que me gustaría que la chica con la que vaya a salir

tenga unos objetivos en la vida similares a los míos.

—Ah… —Al instante comprendí—. ¿Y cómo salió ese tema tan pronto, si puede saberse? No es algo que uno pregunte en una primera cita… y menos aún en un encuentro fortuito como el de ayer.

—No es que se lo preguntara yo —aclaró—. Me estaba hablando de su sobrina con mucho cariño. Hablaba con tanta ternura que yo di por hecho que, ya sabes, que ella también querría tener niños.

—Pero no es así.

—Para nada. Cuando le dije que tenía mucha suerte de poder tener niños a su alrededor hasta que llegase su momento, me miró como si me hubieran salido dos cabezas. —Me reí para mis adentros. Esa hubiera sido una típica reacción mía—. Y me dijo que ella no quería tener hijos. Que eran muy monos y todo eso, y que adoraba a su sobrina, pero que eso no significaba que quisiera tenerlos.

—Vaya, lo siento.

—La verdad es que fue una metedura de pata en toda regla dar por hecho que…

—¿Que todo el mundo los quiere? No te preocupes, suele pasar. —Le quité importancia, aunque en realidad me resultaba cansino que eso fuera así. Sin embargo, viniendo de él me extrañaba. No solía dar nada por sentado y, si lo hacía, se lo callaba.

—Te quedaste con su número de teléfono, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, y también le di el mío. Quedamos en que ella se pondría en contacto en cuanto tuviera un móvil nuevo.

—Genial.

—Por cierto, ¿ya te crees más que eres el finalista de un concurso literario?

—La verdad es que no —dijo, soltando una risotada—. Me siento como si hubiera ganado el Premio Nobel de Literatura. Y tan solo soy finalista en un concurso para escritores noveles.

—¡Oye! —protesté—. Más quisiera yo que estar en tu lugar. Ni se te ocurra infravalorar lo que has conseguido. ¡Es un gran paso!

—No, no, si no lo infravaloro. Si estoy hinchado como un pavo. Creo que me voy a volver insoportable.

Me reí.

—Yo te voy a querer igual —pronuncié estas palabras sin pensar y me alegré de que estuviéramos hablando por teléfono, porque así no podía ver como me sonrojaba.

—Lo sé —respondió él. E, intuyendo que estaba incómoda, le quitó importancia a la situación añadiendo—: Y eso lo dices porque te voy a regalar unas vacaciones de escándalo.

Sonreí. Me apetecía mucho.

—Tenemos que ir pensando dónde vamos y todo eso. Y tengo que comprar ropa. ¡Y hacer dieta!

Él se rio al otro lado de la línea.

—Tenemos un par de meses para todo eso. La gala es el dieciséis de agosto. Y, a partir de ahí, podemos ir cuando nos dé la gana.

—Sol y playa, ¡allá vamos!

Capítulo 14

Tuvimos noticias de Vanesa una tarde, según salíamos del taller. Me había enviado un whatsapp, al que contesté ofreciéndole vernos los tres aquel fin de semana. El sábado llegó al bar donde habíamos quedado cinco minutos tarde, sudando y con la respiración entrecortada. Se notaba que había venido corriendo y se disculpó en cuanto recuperó el aliento.

—¡Lo siento, chicos! Me he entretenido en el trabajo —jadeó mientras se ponía una mano en el pecho—. Dios, qué mal, nuestra primera cita y llego tarde —rio.

Raúl y yo sonreímos. Vanesa tiene ese tipo de energía que consigue activarte o enervarte según el momento.

—No te preocupes —le dije—. Llegas a tiempo para la primera ronda. —Señalé la mesa vacía.

—Ah, genial entonces.

Le hice una seña a la camarera y pedimos tres refrescos.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Raúl con curiosidad.

—Soy enfermera —contestó con los ojos brillantes. Estaba claro que estaba orgullosa de su profesión—. Me encanta.

—Vaya, enfermera —dije con admiración—. No sé si yo podría hacerlo. Es un trabajo duro, ¿no?

En ese momento nos trajeron nuestras consumiciones y Vanesa dio un trago largo antes de contestar:

—Depende del día. —Bajó los ojos—. Hay días malos.

Raúl y yo nos quedamos callados, esperando a que dijera algo más, lo que hizo tras quedarse en silencio unos segundos y sonreír.

—Me gustan sobre todo las personas mayores. Hay tanto que aprender de ellos… La gente tiende a infravalorarlos, ¿sabéis? Como si fueran papeles arrugados que se pueden tirar sin más… —La observé. Tenía las mejillas sonrosadas y hablaba con tanta pasión que la admiré —. Pero son personas. Personas con mucha experiencia en la vida, de las que deberíamos aprovechar la oportunidad de aprender. Y, sin embargo, los tratamos con condescendencia. Es muy triste. —Negó con la cabeza mientras cerraba los ojos—. Algunos solo necesitan un poco de paciencia. Cuando llegas al fondo de su ser, cuando logras conectar con ellos, te enseñan tanto…

En ese punto nos miró, como si hubiera estado en trance aquellos minutos, y cambió el tono.

—Bueno, ¿y qué me decís de vosotros? ¿A qué os dedicáis?

El cambio tan brusco de tema nos sorprendió a los dos. Había sido como entrar en un profundo estado de relajación para ser sacado de él a patadas. Raúl fue el primero en reaccionar.

—Yo soy administrativo.

—Y escritor —añadí.

—Bueno, y ella también es escritora.

—Pero él es finalista en un concurso, ¿sabes?

Los ojos de Vanesa iban de uno hacia otro según íbamos hablando. Al final puso cara de no entender.

—Así que los dos sois escritores, ¿no?

—En nuestros ratos libres, sí. De eso nos conocemos, de un taller de escritura.

—¡Vaya! Así que sois dos artistas… ¡Pues a mí me encanta leer!

—Ah, genial, nos vendría muy bien tener una conejilla de Indias que nos dé su opinión —dijo Raúl.

—¡Pues encantada! Bueno, ¿y eso del concurso?

—Como lo oyes, aquí donde lo ves el señor es finalista en un concurso.

Ella asintió con la cabeza, agitando su melena con el movimiento.

—¡Enhorabuena!

—Gracias —dijo él, un poco cortado.

—¿Y tú, Tamara? Aparte de escribir, ¿te dedicas a algo más?

—Sí, soy dependienta.

—Por el tono de tu voz intuyo que no es la profesión de tus sueños.

Nos reímos los tres. Raúl, que ya me conocía bastante bien, sabía que el maquillaje no es uno de mis intereses.

—Digamos que trabajo para vivir, simplemente. Sin embargo, parece que tú disfrutas mucho con tu trabajo, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Es mi vida. Lo adoro —confesó con una gran sonrisa.

—Me encantaría poder trabajar en algo que realmente me apasionara —comenté.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —dijo Raúl, guiñándome un ojo.

—Eso es cierto —corroboró Vanesa, asintiendo con la cabeza.

Guardamos silencio unos instantes, como si estuviéramos pensando en nuestras vidas.

—Me ha entrado mucha curiosidad por saber cómo escribís. ¿No tendréis por ahí algo que pueda leer, aunque sea cortito?

Supuse que en mi correo tendría algo que le hubiera enviado a Raúl y viceversa, y podía enseñárselo en el móvil. Pero se me ocurrió

algo mejor.

—¿Os apetece que vayamos a mi casa, pedimos unas pizzas para cenar e imprimimos algunos relatos?

* * *

Un par de horas después, un expectante Raúl aguardaba impaciente la opinión de Vanesa sobre *El reloj*. Lo habíamos impreso después de cenar y, como era bastante corto, ella se lo leyó con rapidez. Cuando finalmente dejó los folios en la mesa con un gesto intrigante, él preguntó:

—Bueno, ¿qué? ¿Qué te ha parecido?

Sonreí. Solía ponerse bastante nervioso cuando daba a conocer alguna de sus obras. En el fondo, es bastante inseguro como escritor.

Vanesa hizo un puchero con sus labios carnosos, lo que estoy segura de que hizo que a él se le parase por un momento el corazón. Era un gesto de los que decían: «Bueeeeeno, no está mal, pero…». Sin embargo, enseguida cambió su expresión por una gran sonrisa.

—¡Es broma! —exclamó—. Me ha gustado mucho. Es intrigante y ágil. El final me ha impactado. Quizá es un poco corto…

—Lo sé. Tuve que ceñirme a la extensión que pedían.

—Ah, claro —dijo ella—. Pero lo que más me ha gustado ha sido el comienzo. Odio los comienzos del tipo: «Érase una vez» o aquellos que hacen una larga descripción de algo corriente, como una casita en mitad del bosque sin que tenga nada de particular, ¿sabéis lo que quiero decir?

—Por supuesto —dije yo. Me ocurre lo mismo. Para leer un libro, el primer párrafo me tiene que enganchar.

—Empezar con un «Supongo que estoy muerto» llama la atención. Es lo que más me ha gustado… —Su voz se apagó, vacilante.

—¿Pero? —quiso saber Raúl.

Ella titubeó.

—Venga, dilo. En serio, las críticas constructivas son las que nos ayudan a mejorar.

—Está bien. No soy ninguna experta tampoco, ¿eh? Pero he percibido cierta inseguridad a la hora de narrar. Mmm…, cierta «inmadurez literaria». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Como cuando lees una novela de un escritor famoso, te gusta y decides leer el primer libro que publicó.

—Ajá —convino él, llevándose la mano a la barbilla y pensando—. Sí, claro, es lógico.

—Es verdad —intervine—. Cuando yo leo algo que escribí hace años siempre pienso: «Madre mía, lo que me quedaba por mejorar». Supongo que dentro de unos años, cuando lea lo que hoy escribo,

pensaré lo mismo.

—Pero la práctica hace la perfección —dijo Vanesa.

Sonreímos los tres y nos acomodamos más en el sofá. Sentí que formábamos un buen equipo. Me sentía tan cómoda con ella como siempre me había sentido con Raúl. Era muy afortunada.

* * *

Un par de semanas más tarde, después de que Soraya me diera el relevo en el trabajo —proponiéndome de nuevo presentarme a «un tío con el que estoy segura de que congeniarás»—, recibí un whatsapp de Raúl fijando la hora a la que nos veríamos aquella noche los tres. Estaba a punto de responder cuando oí una risa que reconocí al momento. Miré en la dirección de la que provenía y vi a Vanesa sentada a la mesa de una cafetería del centro comercial junto a otra chica y una niña de unos dos años —después me enteré de que en realidad tenía más de tres— que se entretenía haciendo rodar unos coches de juguete por el suelo. Supuse que era su sobrina. Me acerqué a ellas con una sonrisa y, cuando me vio acercarme, exclamó:

—¡Eh, Tamara! ¿Sales ahora de trabajar?

—Sí, justo ahora.

—Genial. Mira, esta es mi hermana Bea, y esta, mi sobrina Lucía.

—Encantada —dije, mientras le daba dos besos a Bea y saludaba con la mano sin ninguna gracia a la pequeña.

Bea es más baja que Vanesa, con el pelo también moreno y los ojos castaños. No resulta tan espectacular a la vista, pero su sonrisa es contagiosa. Es ese tipo de persona que siempre parece estar de buen humor y que hace que tú también lo estés.

Lucía me observó con curiosidad.

—Vaya, ¡qué guapa eres! —dije, en un intento de caerle en gracia, pero, como siempre me ocurre, no surtió efecto. Supongo que el problema es que me sale demasiado forzado.

—Mira, Lucía —arregló Vanesa la situación—. Esta es una amiga mía. ¿Sabes que también le gustan mucho las chuches?

La niña abrió mucho los ojos y me miró.

—Así es —asentí yo, un poco cortada. No sabía qué más añadir. ¿«Vayamos a comprar unas cuantas»?

—¡Anda, pues si le gustan las chuches, entonces es de las tuyas! —exclamó Bea.

Así que de eso iba la cosa… Para gustarle a Lucía, bastaba con compartir sus gustos.

La niña me dedicó una sonrisa y de un salto se acomodó en el regazo de su madre, que discretamente se levantó la camisa y le ofreció el pecho. Me quedé un poco extrañada. Es decir, ¿aquella niña

no era muy mayor para mamar? Sin embargo, disimulé y me dirigí a Vanesa:

—Acaba de mandar Raúl un whatsapp al grupo. ¿Te viene bien a las once en el Tijuana?

Ella sonrió y me guiñó un ojo, inclinando ligeramente la cabeza en dirección a su hermana, lo que interpreté como: «Sé que te parece extraño». Asentí con discreción y ella amplió su sonrisa, mostrándome sus dientes perfectos, que no pude evitar admirar.

—¿Así que tú eres la chica de la que a veces me habla Vanesa? —preguntó Bea mientras cambiaba a la niña de pecho.

Dudé.

—Ehhh…, pues no lo tengo claro.

—Sí, sí, es ella.

—Qué bien. Me alegra mucho que conozca a gente tan maja como dice que sois Raúl y tú.

Era una afirmación extraña y arqueé las cejas, sorprendida. Lucía decidió que ya había tomado bastante pecho por el momento y se bajó del regazo de su madre para dirigir su atención de nuevo a los coches de juguete.

—Quiero decir, que no todas las personas son de fiar, ya sabes.

Si lo dijo como una explicación, en realidad me dejó más extrañada de lo que estaba, aunque ninguna pareció darse cuenta. Bea miró su reloj y dijo:

—Uy, Lucía, cielo, tenemos que marcharnos. Papá está a punto de salir del trabajo y sabes que le hace mucha ilusión que vayamos a recogerlo.

—¡Síííííííííí! —exclamó apasionadamente la pequeña, y al momento se olvidó de los juguetes que tenía en el suelo, le dio la manita a su madre y ya pretendía marcharse.

—Cariño, ¿no olvidas tus juguetes? ¿Y darle un besote a tu tía? —le preguntó Vanesa, haciéndole cosquillas. La abrazó, le dio un beso enorme en la mejilla y a continuación le dijo—: Te quiero mucho, cariño. Ahora recoge tus juguetes y corre a buscar a papá.

Mientras Lucía recogía con toda la prisa que podía sus juguetes, abarcándolos en sus pequeños brazos y metiéndolos de cualquier manera en el bolso de su madre, esta se despidió de mí con dos besos y con un «Me alegro de conocerte». Cuando ya se alejaban y Lucía se dio la vuelta para tirarle un beso a su tía, comenté:

—Vaya, es una ricura.

—Sí que lo es —suspiró ella con una sonrisa.

Entendí por qué Raúl había pensado que Vanesa deseaba tener hijos. Había tanto amor en su voz que era fácil confundirlo. Pero su voz demostraba amor por su sobrina, no una adoración a los niños en general. De hecho, por lo que había comprobado yo misma, pocas

veces prestaba atención a los niños.

En ese momento me di cuenta de que había estado de pie todo aquel rato y me senté a su lado.

—Has sido bastante discreta, gracias —dijo sin más.

—¿Qué?

—Sí, cuando mi hermana se puso a darle el pecho, ya sabes.

—Ah, ya, eso. Sí, bueno, me ha sorprendido.

—Suele pasar. Pero normalmente la gente pregunta.

—¿La gente pregunta? ¿El qué?

—«¿No es muy mayor para que le sigas dando el pecho?» —dijo, engolando la voz con la intención de imitar la de cualquiera.

Yo lo había pensado, pero no lo había dicho en voz alta. No era algo de mi incumbencia.

—La pobre tiene que aguantar opiniones que no ha pedido constantemente —continuó diciendo mi amiga.

Eso lo entendía a la perfección, aunque los motivos fueran distintos.

—Cada uno cría a sus hijos como mejor le parece, digo yo —comenté.

Vanesa se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y se mordió el labio inferior, pensativa. Un par de chicos que pasaban por delante se quedaron mirándola con descaro, aunque ella no pareció darse cuenta. Me sentí un poco celosa.

—Sí, lo que pasa es que algunas personas parece que piensan que pueden dar su opinión sobre cualquier cosa que no les concierne, aunque nadie se la haya pedido. Es la leche.

Me reí con ironía.

—Y que lo digas.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te pasa a ti también?

—¡Claro! ¿A ti no? Ya sabes… «¿Y vosotros para cuándo?», «Se te va a pasar el arroz»… ¿No te suena?

Sacudió la cabeza y se rio.

—No, yo estoy en la fase de «¿Y cuándo te vas a echar novio?». Nunca he tenido una pareja estable de muchos años.

Ahí se reconfirmaba mi teoría. Si estás soltera, estás salvada de que te pregunten cuándo serás madre. Pero entonces estás condenada al «cuándo tendrás novio». Solté una carcajada.

—¿Y entonces a tu hermana la fríen a preguntas sobre por qué le da el pecho a su hija?

—Y no solo sobre eso. Es sobre cómo la cría, en general. Digamos que no tiene ideas convencionales sobre la educación. Pero la gente se empeña en aconsejar y opinar una y otra vez sobre lo mismo. No sé como no manda a todo el mundo a la porra, la verdad. —Hizo una

pausa. Yo permanecí en silencio. En realidad tenía curiosidad, pero no me parecía correcto preguntar. Eran cosas íntimas y no tenía tanta confianza con Vanesa todavía—. Por ejemplo, aún siguen durmiendo con ella. Yo no lo haría por muchas razones, pero si a ellos les parece lo mejor, ¿por qué cuestionarlo?

Estaba de acuerdo con ella.

—¿Sabes que el colecho es habitual en muchas partes del mundo? —me preguntó, y yo negué con la cabeza—. Pues lo es. En Occidente no, pero eso no significa que las costumbres que tenemos aquí sean las mejores.

—Claro que no. Sin ir más lejos, la cuestión de los horarios de la que tanto se habla últimamente. Madrugamos demasiado y nos vamos a dormir demasiado tarde.

—Por no hablar de los horarios laborales. Algunos hacen que realmente no puedas tener vida propia. Es tremendo. Se nos olvida que tenemos que trabajar para vivir, y no al contrario. Bueno, si te digo la verdad, a mí no me importa, pero sé que no a todo el mundo le apasiona su trabajo —añadió mirándome con una sonrisa pícara.

—Sí, yo al menos tengo la suerte de tener horario intensivo.

—El caso es —continuó— que cada uno debería poder decidir cómo criar a sus hijos sin que los demás anden metiendo sus narices en ello todo el tiempo.

—Pues sí —coincidí con ella.

—Si yo tuviera uno, Dios no lo quiera —dijo con una sonrisa—, sí que le daría el pecho hasta que lo rechazara. Aunque tuviera cinco años, ¿sabes? —Lo medité un momento, pero no llegué a ninguna conclusión. Para ser sincera, no podía imaginarme a ningún bebé enganchado a mi pezón—. Ni siquiera sé por qué lo llaman «lactancia prolongada». Quiero decir..., se prolongará tanto como deseen la madre y la criatura, ¿no?

Era una idea interesante. A decir verdad, casi todas las ideas de Vanesa me resultaban interesantes. Me parecía una persona a la que merecía la pena conocer a fondo. Eso me hizo recordar algo.

—Oye, ¿por qué dijo tu hermana eso de que le alegraba que conocieras a gente maja como nosotros?

—Oh, eso —dijo, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Es que no siempre hablo bien de todo el mundo, ¿sabes?

—Pues eso será por algo —me interesé. Había percibido en su voz cierta amargura.

—Cosas que pasan, no todo sale siempre bien. A veces las personas te hacen daño, ya sabes.

Sentí que no debía insistir, así que cambié de tema.

—Bueno, ¿preparada para esta noche?

Me miró y me dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—¡Siempre! —Y tomó el último sorbo del batido que le había sobrado a Lucía.

* * *

Íbamos por la segunda pinta de cerveza cuando, sin venir a cuento, Raúl exclamó:

—¡Canarias!

Vanesa y yo lo miramos como si se hubiera vuelto loco, con esa media sonrisa complaciente que significa: «Me he perdido, pero ha sido por tu culpa».

—Deberíamos ir a Canarias —dijo, mirándome con los ojos muy abiertos.

Me entró la risa. Por su tono, cualquiera diría que había propuesto un destino de lo más original. No es que no quisiera ir a Canarias, de hecho me parecía una gran idea, pero ese tono hubiera sido más propio de Arquímedes exclamando: «¡Eureka!».

—Genial, me parece bien —coincidí con él, y entonces me di cuenta de que Vanesa nos miraba sin entender. Estaba a punto de explicárselo cuando mi amigo añadió:

—¿Te vienes con nosotros?

Nada más decirlo, me miró con cara de «Lo he soltado sin pensar. ¿Te parece bien?». Me pareció una idea estupenda. Los tres nos llevábamos muy bien. Sería divertido. Sonreí en señal de acuerdo.

—¿De vacaciones? ¿Cuándo?

—Después del dieciséis de agosto, que es la gala de entrega de premios, cuando queramos.

Vanesa alzó su vaso, invitándonos a brindar.

—¡Sí! ¡Me apetece mucho!

Entrechocamos nuestros vasos con alegría y, como la noche en que la conocimos, nos quedamos un rato ensimismados los tres, imaginándonos tomando el sol con pereza, escuchando las olas rompiendo en la orilla, dejándonos mecer por la brisa… Y, como aquella noche, la voz de Vanesa interrumpió mi ensoñación.

—Hola. —Un saludo inseguro que no fue correspondido. Junto a nuestra mesa pasó un pequeño grupo que miró a nuestra amiga de arriba abajo con aires de suficiencia. Una chica incluso levantó una ceja en un intento de parecer altiva.

Raúl y yo nos miramos, confusos, y después observamos a Vanesa, que parecía querer esconderse debajo de la mesa. La vi tragar saliva y cerrar los ojos. Cuando a nuestros oídos llegó el comentario «Yo a las zorras no las quiero ni mirar», una lágrima se deslizó por su mejilla. No sabía muy bien qué hacer, así que rodeé sus hombros con mi

brazo, mirando a Raúl en busca de ayuda. Pero él tan solo se mordió el labio y cogió la mano de Vanesa entre las suyas. Cuando por fin levantó la mirada, con la voz rota nos dijo:

—Lo siento.

—No tienes por qué —contesté, y Raúl asintió, mostrando su acuerdo.

Respiró hondo y le dio un trago a su cerveza. Su alegría se había disipado de repente; fue como ver apagarse una luz. Me pregunté qué habría ocurrido.

—¿Son los amigos que buscabas la noche que nos conocimos? —preguntó Raúl, a lo que nuestra amiga asintió con la cabeza.

—Sí. Pero luego pasó algo…

Nos quedamos los dos esperando a que terminara la frase, pero no lo hizo. En cambio, exclamó:

—Bueno, pero ¿a qué parte de Canarias?

Igual que sucedió por la tarde, pensé que si alguna vez quería hablar del tema lo haría cuando estuviera preparada, así que coincidí con ella:

—Eso, ¡vamos a pensarlo!

Capítulo 15

—¡Un fuerte aplauso para Raúl Sánchez!

Sentí una oleada de orgullo cuando lo vi en aquel escenario. Se le notaba tímido e inseguro, pero todo dentro de lo normal, dada la situación. Vanesa y yo aplaudimos con fuerza mientras intercambiábamos una sonrisa.

—Está guapo con el traje, ¿verdad? —me susurró.

Era cierto. Lo había elegido ella, y tenía buen gusto para la ropa. A su lado siempre me sentía desaliñada, incluso cuando me esforzaba en arreglarme, como ese día. Había elegido un vestido azul fruncido por debajo del pecho y suelto por abajo, unos zapatos de tacón que me estaban matando y un bolso a juego. Había olvidado ponerme la gargantilla que tanto me había costado encontrar entre las cajas que aún estaban sin desembalar. Vanesa estaba espectacular. No por la ropa, que no era excesivamente elegante, sino por lo bien que le sentaba.

En el tiempo que había transcurrido desde que la conocimos, los tres nos habíamos vuelto prácticamente inseparables. Si fuéramos una pareja, seríamos la típica que da asco, esa a la que se le dice: «¡Eh, chicos, idos a un hotel!», con una sonrisita envidiosa. Se podría decir que las vacaciones serían nuestra luna de miel. Finalmente habíamos decidido ir a Maspalomas. Habíamos alquilado un apartamento por quince días, en un complejo que tenía piscina propia y la playa a un paso. Los tres estábamos deseando ir y cogeríamos el avión al día siguiente.

Vanesa había demostrado ser una lectora voraz y prácticamente ya se había leído todos nuestros relatos —en mi caso, con la excepción de «la niña de mis ojos», que pretendía corregir durante las vacaciones, y de paso ponerle un título de verdad—. Era también una gran crítica, como había dejado entrever el día que leyó *El reloj*, porque no se limitaba a darnos una palmadita en la espalda y decirnos que lo hacíamos muy bien, sino que nos hacía ver posibles fallos de los que nosotros no éramos conscientes y opinaba sobre lo que le parecía mejorable. Además, tenía la cualidad de hacer esto con muchísimo tacto. Normalmente, cuando alguien que conoces critica algo que has escrito, le puede la subjetividad, el pensar que lo has creado tú, y no

es capaz de ver los fallos. Y en caso de verlos, a veces no se atreve a decírtelos por miedo a hacerte daño. Por eso siempre se dice que los amigos o los conocidos no son los mejores críticos del mundo.

Cuando terminaron los aplausos, el maestro de ceremonias —que no llevaba un micrófono copa de cerveza, sino uno de esos que van enganchados en la camisa— se dirigió a nuestro amigo:

—Bienvenido, Raúl, y muchas gracias por venir.

—Es un placer, gracias a vosotros por invitarme. Y por el premio. Por todo —carraspeó. Nos buscó con la mirada y, cuando nos encontró, las dos levantamos el pulgar en señal de ánimo. Sabíamos lo nervioso que estaba. Vanesa le había aconsejado en broma que se tomara un par de chupitos para relajarse y él se lo había planteado, pero había llegado a la conclusión de que prefería una tila.

—¿Cómo te sientes siendo el finalista de este certamen?

—Nervioso —dijo con espontaneidad, lo que arrancó una sonrisa del público—. Y muy emocionado. Todavía no me lo puedo creer.

—Como sabes, queremos darles oportunidades a los escritores noveles como tú. El mundo de la literatura es complicado. Hay mucha oferta, y escritores muy buenos a los que no conoce nadie. El espíritu de este certamen es encontrarlos a todos ellos.

Raúl asentía con la cabeza. Parecía no saber muy bien qué hacer. Le veía apretar los puños de vez en cuando y tragar saliva con asiduidad.

—Aparte del premio de tres mil euros —continuó el maestro de ceremonias—, tu relato será publicado junto con el ganador y los otros dos finalistas tanto en edición física como electrónica.

El público aplaudió.

—Bien, pues, como todos saben, Raúl procederá a la lectura de su relato *El reloj*, que para el jurado de este certamen ha merecido la posición de primer finalista. Pero antes, Raúl, adelántanos algo sobre él.

Titubeó, aunque era una respuesta que habíamos ensayado.

—*El reloj* trata sobre cómo la vida nos puede cambiar de un momento para otro. Un día eres una persona y al siguiente otra completamente distinta, incluso aunque no quieras. A veces las circunstancias nos obligan, nos hacen ser quienes no somos y nos hacen cuestionarnos qué queremos ser —lo dijo con el tono de voz y la velocidad adecuados, tal y como habíamos decidido que debía ser.

De nuevo aplaudimos todos mientras otro hombre trajeado aparecía en el escenario portando el relato y entregándoselo a Raúl, que sonrió con nervios. Nosotras sabíamos que tenía miedo de tartamudear, de que se le trabase la lengua; incluso de escupir sin querer o, incluso, de desmayarse. Deseé con todas mis fuerzas que le saliera todo bien para que se pudiera ir a casa satisfecho.

Cuando todo estuvo en silencio, Raúl comenzó a leer.

Capítulo 16

—¿Ya sientes la lengua? —le pregunté con sorna a Vanesa, que estaba sentada a mi lado derecho. Al izquierdo, Raúl soltó una risotada.

Estábamos, por fin, en el avión rumbo a Maspalomas.

—*No hé* —se las apañó para responder, lo que hizo que Raúl y yo nos empezáramos a reír. Nos fulminó con la mirada y se quedó, muy sabiamente, callada, intuyendo que nos mofaríamos de ella —con cariño, eso sí— si se le ocurría hablar.

Todo había comenzado en el aeropuerto. Media hora antes de embarcar, Vanesa dijo que se solía marear en los aviones, así que había traído unas pastillas antimareo. Las sacó de su bolso y se las quedó mirando con curiosidad.

—Estas no las he comprado nunca —dijo, y puso una en la palma de su mano—. Parecen masticables.

Apenas me dio tiempo a fruncir el ceño, dubitativa, cuando ya se había metido una en la boca.

Entonces todo sucedió a cámara lenta. En el preciso momento en que su lengua empujaba la pastilla hacia sus muelas, mi boca se abrió para gritar: «¡Noooooooooo!» —como en las pelis de acción, cuando alguien dispara y el héroe se interpone entre la bala y la víctima—. Demasiado tarde: sus poderosas mandíbulas ya habían aplastado la cubierta de la pastilla, haciendo que el líquido que contenía se esparciera por su boca y la dejara inmediatamente dormida. Vanesa escupió y dio de lleno en la camiseta de Raúl.

—¡Eh! —protestó este, desconocedor de lo que acababa de ocurrir.

Vanesa se abanicaba la boca con la mano y daba saltitos, causando que algunas personas la mirasen con curiosidad.

—¡Ah! ¡Ah! ¡*Nohientolalengua*! —decía una y otra vez, como si fuera un mantra—. *Queoquenoeranmahticables*.

Raúl y yo nos miramos, sin saber muy bien qué hacer. Y luego hicimos lo pertinente: estallar en carcajadas ante la furiosa mirada de Vanesa.

Miré por la ventanilla, que estaba del lado de Vanesa, aunque solo vi el cemento del suelo del aeropuerto. Me parecía increíble que estuviéramos yendo de vacaciones. Quince días de relax.

—Por lo menos no te estarás mareando, ¿no? Quiero decir, esa cosa te ha debido de dormir la mitad del cuerpo. Podría pellizcarte y no te enterarías —pinchó Raúl.

—*Ete a la miedda* —respondió ella, pero con un brillo travieso en los ojos.

Yo sonreí. En ese momento me sentí completamente feliz. Aproveché para mandarle un whatsapp a mi madre antes de que nos pidieran apagar los móviles. El incidente-de-buscarle-pareja-a-mi-hija había quedado olvidado y no había vuelto a intentarlo.

«Ya estamos en el avión. ¡Rumbo al paraíso!», escribí, y me dispuse a cerrar los ojos y a disfrutar del vuelo. Después de unos minutos, la azafata anunció que nos disponíamos a despegar y que por favor permaneciésemos en nuestros asientos y apagáramos nuestros teléfonos móviles. Empecé a sentir el agradable traqueteo del avión rodando por la pista cada vez más rápido. Era una sensación muy relajante. Más rápido, más rápido, más rápido…

De pronto noté que algo aferraba mi brazo derecho. Abrí los ojos y vi a Vanesa con los suyos muy abiertos, completamente aterrada.

—*Vamoh a morí* —susurraba—. *Vamoh a morí.*

Me clavó las uñas en el brazo.

—¡Ay! —protesté.

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl.

—Juraría que les tiene pánico a los aviones —respondí, señalando a Vanesa.

—Oh, *Diohhhh, vamoh a morí, vamoh a morí* —repetía en voz cada vez más alta.

—Tranquila —susurré—, no va a pasar nada.

—*¡¿Eh que no lo entiendeh?! ¡Vamoh a morí! ¡Vamoh a morí!* —Eché un vistazo a nuestro alrededor. Algunas personas nos miraban, unas con una sonrisa de condescendencia en la cara, otras con cara de cachondeo, algunas con curiosidad y las menos con miedo. Raúl y yo sonreímos, un poco cortados.

Acaricié la mano de Vanesa.

—No nos va a pasar nada —le dije—, todo está bien.

—¿Esa pastilla no te ha dormido el cerebro? —soltó Raúl, intentando hacerla reír. Ella sonrió débilmente.

Cuando el avión empezó a tomar altura, sus uñas se aferraron con más fuerza aún a mi brazo. Me mordí la lengua para no gritar y observé su cara descompuesta mientras le ponía una mano en el muslo y le daba un pequeño apretón de ánimo. Cerró los ojos con mucha fuerza y frunció el rostro entero. Su cuello se convirtió en un amasijo de tendones y venas. Creo que fue la primera vez que al mirarla no me pareció excepcionalmente guapa. Según alcanzábamos altura, la presión de sus dedos en mi brazo se fue aflojando y, cuando el aparato

por fin terminó de subir, la vi respirar hondo. Abrió los ojos, me miró y me dijo: «Gracias». Le sonreí y la ayudé a separar aquellas garras de mí.

—Lo siento —dijo cuando vio las marcas de sus uñas.

Pasó el resto del viaje durmiendo plácidamente. Por lo visto, solo le daba miedo el momento del despegue.

* * *

Cuando llegamos al apartamento que habíamos alquilado estaba exhausta, pero eso no me impidió maravillarme de lo amplio y bonito que era. Había una cocina americana impecable con todo tipo de utensilios que probablemente no usaríamos ni una sola vez, un salón muy espacioso con un sofá de tres plazas y dos *chaises longues* que miraban hacia una televisión gigante, y un arco precioso daba paso a las habitaciones y los cuartos de baño. No tuvimos problemas en repartirnos las habitaciones: las tres eran igual de grandes y bonitas y tenían las mismas vistas a la preciosa playa, con las dunas en primer plano. Era un paraíso.

Dejé la maleta en el suelo de la habitación que me correspondía y sonreí. Abrí los brazos y me dejé caer en la cama hasta que una voz me sobresaltó:

—¡Mírala, se ha quedado frita!

—Tamara, vamos a buscar un sitio para comer.

Gruñí. Con lo a gusto que estaba.

—Venga —insistió Raúl—. No pretenderás perder el primer día de vacaciones tirada en la cama.

—Pues… —susurré. Estaba muy cansada.

—¡Sí, hombre! —exclamó Vanesa, y al momento sentí que tiraban de mis pies.

—Vale, vale, dejad que me ponga el biquini —cedí, porque tenían razón. No teníamos ochenta años.

El complejo de apartamentos disponía de una piscina central a la que echamos un vistazo. Nos atrajo en especial una zona donde la sombra la proporcionaban pequeños palmerales. Sería un sitio ideal para relajarse y leer. A pie de piscina se encontraba la playa, y los tres nos descalzamos y correteamos por la arena como si fuéramos niños. Nos fuimos despojando de la ropa que llevábamos encima de los bañadores mientras nos encaminábamos a la orilla, donde chapoteamos y nos salpicamos durante un buen rato, para luego entrar en el mar y tomar un relajante baño.

Al salir, noté que me gruñía el estómago y nos pusimos a otear los alrededores. Vimos un *pub* irlandés y decidimos ir a tomar una cerveza y de paso preguntar dónde se podía comer por aquella zona.

Al acercarnos, vimos que el local formaba parte de un centro comercial al aire libre que parecía tener varios bares y restaurantes, además de tiendas de regalos. Entramos en el *pub* y dejamos que Raúl pidiera las consumiciones mientras nosotras escogíamos una mesa frente a un ventanal desde el que podíamos ver la playa. Cuando Raúl vino con una jarra para cada uno, las entrechocamos y exclamamos a la vez:

—¡Por unas merecidas vacaciones!

* * *

Pasamos los tres primeros días desconectando por completo de la realidad. Por las mañanas estábamos un rato en la piscina, apoltronados en las hamacas, normalmente con un buen libro en las manos. Cuando empezaba a darnos el sol íbamos a la playa y nos dábamos unos cuantos baños refrescantes. Antes de la comida siempre tomábamos una jarra de cerveza helada en el *pub* irlandés, y después buscábamos un lugar donde comer. Cada día lo hacíamos en un sitio distinto, para probar todo lo que hubiera allí. Después nos retirábamos al apartamento a descansar, rato que yo aprovechaba para corregir «la niña de mis ojos», y por las tardes paseábamos y descubríamos cada rincón de aquel maravilloso lugar.

Fue el viernes, mientras tomábamos nuestra cerveza de antes de comer, cuando me acordé de mirar el móvil; tal era mi desconexión de la rutina. Tenía dos llamadas perdidas de Alberto que me resultaron extrañas, pero al leer un par de whatsapps suyos lo entendí. El primero lo había enviado el día anterior y decía: «Adivina quién va este finde a Maspalomas… Ha sido casualidad, ¡lo juro!». El siguiente me lo había mandado aquel mismo día por la mañana: «¡¡Ya estamos aquí!! ¿Nos vemos?». Me fijé en que las dos llamadas perdidas eran de hacía tan solo un par de horas.

Desde que nos encontramos en aquel bar por la noche, habíamos tenido un contacto frecuente y estaba al corriente de nuestras vacaciones.

—Chicos, ¿os apetece que quedemos con Alberto y sus amigos?

Los dos me miraron extrañados.

—Pero ¿están por aquí? —preguntó Vanesa mientras se limpiaba el bigote de espuma de cerveza.

—Eso parece, sí.

—Pues por mí, genial. Podíamos salir esta noche todos, será divertido —dijo mi amiga con ilusión mientras Raúl asentía con la cabeza.

—Vale, me parece bien. —Posé mi jarra en la mesa y me dispuse a llamar a Alberto, que contestó al tercer tono.

—¡Hola! —me saludó—. ¡Pensé que no querías saber nada de mí!

Me reí.

—Qué va, es que no he estado muy pendiente del móvil estos días. ¿Y cómo es que estáis por aquí?

—Pues de casualidad. Nos apetecía pasar el fin de semana fuera y Félix encontró una oferta de última hora.

—Ah, ¡genial! Pues se lo he comentado a Raúl y Vanesa y hemos pensado que podíamos quedar esta noche para salir por ahí.

—Espera, que les pregunto a estos. —Oí como un coro de voces decía que sí y a continuación la suya—. Que por ellos, genial también. ¿Dónde y a qué hora?

Capítulo 17

Por la noche, después de un día de playa y descanso, llegamos al bar acordado cinco minutos antes de la hora y Alberto y sus amigos ya estaban allí, ocupando una mesa grande en un rincón. Al vernos, él se levantó y se dirigió hacia mí para darme un abrazo.

—Me alegro de verte —me susurró al oído. Por un momento me sentí como cuando éramos una pareja y noté una punzada de nostalgia.

—Yo también —le dije mientras le daba un beso en la mejilla.

Cuando se separó de mí, saludó a Raúl y a Vanesa, a los que aún no conocía mucho, y procedimos a las presentaciones. Conocía a todos los amigos de Alberto: Félix, Nacho y Andrés. Pablo, como supuse, no estaba. Iban con dos chicas que se presentaron como Noelia y Patricia.

Pedimos unas cuantas tapas para picar y las acompañamos con abundantes cervezas y risas. Después decidimos ir a otro bar para tomar unas copas. Tras la segunda, el grupo se empezó a disgregar. Yo estaba hablando con Félix y Andrés cuando me di cuenta de que el resto se había juntado en parejas. Sonreí al ver que a Raúl le brillaban los ojos al responder a algo que Noelia le había dicho. Su lenguaje corporal lo delataba: aquella chica le gustaba. A su izquierda, Alberto y Patricia parecían mantener una conversación muy apasionada. Ella le tocaba de vez en cuando el brazo y Alberto sonreía. Nuestras miradas se cruzaron y yo bajé la mía, avergonzada como si hubiera estado fisgando. A lo lejos, en la barra, alcancé a ver a Vanesa y Nacho. Él parecía sentirse atraído por ella, pero no me dio la impresión de que fuera correspondido.

—Eh, ¡Tamara! —La pronunciación de mi nombre, unida a un toque en mi brazo, me sacó de mi ensimismamiento. Era Alberto, que se había acercado de nuevo a nosotros, ante la mirada ofendida de Patricia.

—¿Qué? No te he oído.

—Te preguntaba que qué tal fue la gala del premio literario. Le preguntaría a Raúl, pero lo veo muy ocupado —dijo, señalando a la pareja, cuyos cuerpos estaban casi rozándose.

—Bien, fue muy bien —respondí—. La verdad es que al final ni tartamudeó al leer su relato, y a todo el mundo le gustó.

—Qué bien —comentó Félix.

Por el rabillo del ojo vi que Patricia nos miraba a Alberto y a mí alternativamente. Me disculpé para ir al baño, teniendo la sensación de que me estaba entrometiendo en lo que fuera que estuviera ocurriendo entre ellos.

Cuando salí y me dirigí de nuevo hacia el grupo, pude ver que Raúl y Noelia estaban claramente separados del resto, ya en su propio mundo. Alberto había vuelto junto a Patricia y charlaban animadamente con Félix y Andrés. Un poco apartados, se encontraban Vanesa y Nacho. La primera parecía interesarse finalmente por el chico.

Súbitamente triste, me acerqué al grupo de cuatro. Me sentía rara. No sabía si estaba celosa, enfadada o simplemente nostálgica.

* * *

Cuando a la mañana siguiente puse en marcha la cafetera, enseguida aparecieron Raúl y Vanesa, con cara de sueño. Estaba de mejor humor. Por lo general, los amaneceres me alegran, sobre todo los soleados.

—¡Buenos días! —exclamó Raúl con voz cantarina. Vanesa y yo nos sonreímos.

—¡Buenos días! —respondimos a coro.

—Si no os importa, hoy voy a pasar la mañana con Noelia —dijo, dándonos un beso en la cabeza a cada una con alegría—. Mis dos pequeñas princesas.

—¡Puag! —protestó Vanesa—. Demasiado ñoño.

—La vida es bella… —engoló la voz Raúl mientras cogía su taza de café. Y, tocando la punta de la nariz de Vanesa con la yema del dedo, añadió—: princesa.

Ella puso los ojos en blanco y dio un sorbo.

—¿Y qué tal lo pasasteis vosotras anoche?

Abrí la boca y la volví a cerrar. No tenía mucho que decir.

—Yo cuando llegué a casa me di cuenta de que no llevaba bragas —dijo Vanesa en un tono despreocupado, como quien dice que perdió el paraguas. La fulminamos con la mirada.

—Pero ¿cuándo…? Si te vi durante toda la noche —pregunté, confundida.

Ella puso cara de no entender y luego abrió los ojos mientras se ponía colorada.

—¡No! No quería decir… Yo… —Y estalló en carcajadas. Raúl y yo nos miramos confusos.

Como siempre nos pasaba en estas circunstancias, empezando por la noche que la conocimos, terminamos llorando de la risa los tres.

—A ver, jovencita —dijo Raúl cuando pudimos hablar—, cuéntenos la historia desde el principio.

—¡Se me olvidó ponérmelas!

Raúl y yo abrimos mucho los ojos.

—¡Qué dices! Te estás quedando con nosotros —afirmé.

Ella negó con la cabeza mientras volvía a tener un ataque de risa.

—No… ¡Es verdad!, ¡es verdad! —decía entre risa y risa.

—Sí, anda… —dijo Raúl, y nos empezamos a reír nosotros también.

—Hombre…, si aquella vez apareció con unas bragas en la pernera del pantalón, esto puede ser verdad —opiné.

—En realidad tienes muchos incidentes relacionados con bragas, ¿no? —la pinchó Raúl.

Hacía unas semanas, Raúl y yo estábamos esperando a Vanesa en una cafetería. Cuando llegó, después de saludarnos se sentó y al momento se levantó, palpándose la parte de atrás del muslo y girando la cabeza.

—¿Qué tengo? —nos preguntó, dándonos la espalda. Los dos observamos su impresionante trasero en primer lugar y luego nuestras miradas se desviaron a un bulto que sobresalía unos centímetros por debajo de su nalga derecha. Fruncimos el ceño con curiosidad.

—Ni idea —terminé diciendo—. Será mejor que vayas al baño a descubrirlo.

Con cara de preocupación —y con la película de *Alien* en mente, según nos confesó más tarde—, se dirigió al baño para salir un par de minutos después partiéndose de risa.

—Aún no sé cómo terminaron aquellas bragas en mi muslo, la verdad. Y tampoco sé cómo se me pudo olvidar ponérmelas ayer.

—¿Seguro que no te las quitó nadie? —aventuró Raúl.

—Ni hablar. Ese tío no me gusta.

Sonreí. Me alegraba de que Nacho no le gustase, aunque no sabía por qué.

—Y digo yo… —empezó a meter el dedo en la llaga Raúl—, ¿no notaste nada raro? Quiero decir, ¿no notaste que ibas demasiado fresquita? —Ella achinó los ojos, gesto que siempre hacía cuando amenazaba en broma a Raúl—. O, qué sé yo, cuando fuiste al baño… De verdad, ¿no te diste cuenta cuando fuiste al baño?

—Pues… no —susurró—. No me di cuenta…

—Anda, Romeo —interrumpí—. ¿No tienes que ponerte guapo para tu cita?

—¡Eso, eso! —se animó Vanesa—. Quizá esta noche tengas suerte… —Y le guiñó un ojo.

Él no sonrió como hacía otras veces con comentarios parecidos. Asintió con la cabeza y antes de dirigirse al cuarto de baño dijo:

—Tenéis razón.

En ese momento tuve la certeza de que Noelia no era una chica más.

* * *

Antes de ir a la playa le mandé a mi madre un whatsapp para decirle que nos lo estábamos pasando muy bien. Vi que tenía varios correos pendientes de leer y, mientras esperaba a Vanesa, los miré. El corazón me dio un vuelco al reconocer el remitente de uno de ellos: era la respuesta de una de las editoriales a las que había enviado la propuesta literaria sobre una novela corta. Nerviosa, abrí el correo y maldije lo lento que era mi móvil. Mis ojos devoraron con avidez las primeras palabras, pero al llegar a «sentimos comunicarle que no estamos interesados» dejé de leer, me senté en el sillón y me puse a llorar en silencio.

Cuando apareció Vanesa preguntando si sabía dónde demonios habían podido ir a parar sus gafas de sol —que, por cierto, llevaba en la cabeza a modo de diadema— intenté disimular, en vano.

—Eh, ¿qué te pasa? —me preguntó con suavidad mientras se sentaba a mi lado, pero las lágrimas me impidieron responderle. Negué con la cabeza y ella abrió los brazos, donde me refugié durante unos minutos.

Cuando por fin pude dejar de llorar, me separé de ella con una sonrisa de pesar.

—Lo siento —me disculpé.

—No te disculpes por cosas así —dijo mientras me acariciaba la mano—. ¿Quieres hablar de ello?

—No. Sí. No lo sé. Es que tampoco sé lo que es exactamente. Me siento rara. He recibido el rechazo de una editorial y de repente todo se ha desmoronado.

Casi esperaba que dijera: «¿Te hundes porque una editorial ha rechazado tu obra? ¿Tú sabes cuántos autores de renombre se vieron en esa situación continuamente antes de ser lanzados a la fama?». Pero no lo hizo. Asintió comprensivamente y esperó a que siguiera hablando.

—Y, no sé, me hace dudar de mi valía. Es la primera editorial que me rechaza, pero he participado en muchos concursos y nunca llego a ningún lado. Quizá escribir no sea lo mío, al fin y al cabo. A lo mejor estoy perdiendo el tiempo. Pienso que tengo más talento del que realmente poseo, o qué sé yo… —Hice una pausa para respirar y proseguí. Era como si hubiera destapado una olla a presión; no podía parar, vomitaba las palabras sin saber que las tenía dentro—. Igual estoy equivocada en todo, no sé hacia dónde estoy dirigiendo mi vida.

Podría haber tenido una vida tranquila con Alberto, incluso podíamos haber tenido hijos; tal vez sea ese el problema. Puede que la gente tuviera razón y simplemente yo era demasiado egoísta… y quizá una no pueda ser feliz sin tener un hijo, ni una pareja, ni una oportunidad literaria… Dios, estoy hecha un lío y hablo sin parar.

Miré a Vanesa, quizá un poco esperanzada de que dijera una palabra mágica que le diera sentido a todo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo con la voz calmada—. Piensa en esa novela que estás corrigiendo estos días.

Esbocé una gran sonrisa. Me quedaba poco para terminar la primera corrección y estaba muy contenta con el resultado.

—Ahí lo tienes —afirmó, sin más.

—¿Eh?

—Esa sonrisa. Es la sonrisa de quien disfruta con lo que hace. Tú eres feliz escribiendo, Tamara. Por supuesto, deseas hacerte un hueco en el mundo literario. Tal vez lo consigas, tal vez no. Pero mientras lo descubres, no puedes perder de vista que el objetivo real de todo esto, el motivo real de que escribas, es que te hace feliz. Amargarte porque no llegue tu momento echa a perder esa felicidad. Incluso aunque un día te convirtieras en una *superventas*, quizá el momento sería pasajero y tendrías las mismas dudas que tienes ahora. En cambio, si te centras en disfrutar como primer objetivo y luego estás abierta a lo que pueda o no venir, es como serás feliz.

—Haces que suene fácil.

—Lo es —afirmó—. Es normal que tengamos dudas, momentos en los que nos falte confianza o valor, pero lo importante es no perder de vista nuestro objetivo en la vida, que es simplemente ser felices.

—Parece algo que yo diría —reí.

—¡Y tendrías mucha razón! —convino ella—. Mira, sabes que yo adoro mi trabajo. Siempre quise ser enfermera, siempre quise sentir que ayudaba a la gente. Pero no todos los días son buenos. En este trabajo se ve mucha tristeza y no siempre puedes hacer sentir bien a los pacientes. Pero el simple hecho de intentarlo ya me hace feliz. Y eso es lo que importa.

—Tienes razón —respondí—. Gracias. Por el consejo y por compartir tus pensamientos conmigo.

—Para eso estamos —sonrió—. ¿Quieres que hablemos de Alberto y vuestra hipotética idílica vida con niños y todo? Niños, Tamara, tu gran deseo en la vida —añadió con ironía.

Sopesé la sugerencia. En realidad, creía que no hacía falta. Había dicho aquello por decir. Seguía pensando que Alberto y yo ya no nos queríamos y seguía teniendo claro que no quería tener hijos. Pero quería saber qué pensaba ella. Tener otro punto de vista de las cosas siempre nos aporta algo.

—Quiero saber tu opinión —le pedí.

—De acuerdo. Pues creo que lo único que te ha ocurrido es que te ha entrado el miedo. Tú viste lo mismo que yo: hay algo entre él y Patricia, aunque él parece que se intenta resistir. Creo que ambos tenéis miedo de cortar del todo ese lazo que aún os une.

Pensé en lo que había dicho. Tenía razón de nuevo. Alberto y yo habíamos estado juntos mucho tiempo. Por mucho que nuestra separación no hubiera sido traumática, el empezar una vida nueva sin ese sostén que nos suele aportar la pareja da vértigo. Yo no me había dado cuenta hasta ayer.

—¿Y cómo te diste cuenta de que hay algo entre ellos si estabas arrinconada por Nacho?

Hizo un gesto con el brazo.

—Puedo hablar y observar al mismo tiempo —dijo, y me guiñó un ojo—. Era un poco pesado el Nacho ese.

—Pues hubo un momento en el que me pareció que sí te gustaba —comenté.

—Pues no —dijo mientras negaba con la cabeza—. Hubo un momento en el que su conversación me interesó. Cinco minutos de unas dos horas de charla incesante sobre lo que hace, lo que piensa, lo que tiene… ¡No me preguntó por mí ni una sola vez!

Me reí.

—Sí, alguna cosa me contó Alberto sobre él en su momento. Parece un poco creído.

—Lo único que le interesaba de mí era bajarme las bragas, si me permites la broma.

Solté una carcajada.

—Probablemente. Bueno…, si hubieras llevado.

—Lo cual no estaría mal si no me ocurriese siempre —dijo con amargura. En cualquier otra persona esa afirmación hubiera sonado pretenciosa, pero ella lo dijo con tanto pesar que era imposible interpretarlo de esa forma.

Entonces me di cuenta de que había muchas cosas que no sabía de ella, y quería empezar a hacerlo. Quería conocerla de verdad.

—Supongo que debe de ser difícil…

—Lo es —confesó con los ojos brillantes, como si de ellos estuvieran a punto de escaparse las lágrimas—. Me cuesta mucho encontrar amigos. Amigos de verdad. Los chicos suelen acercarse a mí por un solo motivo. Les da igual cómo sea yo, solo les importa cómo es mi exterior. Y las chicas…, no tengo muy claro lo que les pasa.

—Te temen —dije yo—. Te ven como una amenaza. Se sienten inferiores a tu lado. Pero eso no es culpa tuya, son las inseguridades de cada una sacadas a relucir.

—¿Te… te ha pasado a ti eso? ¿Te sientes incómoda conmigo al

lado?

Sacudí la cabeza, negando con rotundidad. Pero entonces me acordé de las veces que me había sentido algo insegura. No tenía sentido mentirle cuando me estaba abriendo su corazón. Nunca me habría podido imaginar que la belleza pudiera implicar un malestar así. Solemos envidiar a las personas muy guapas, pensamos que tienen más puertas abiertas que el resto por el simple hecho de serlo. En ese momento me di cuenta de que estaba equivocada.

—Alguna vez sí me he sentido poca cosa comparándome contigo —confesé, y vi la tristeza en sus ojos, así que me apresuré a añadir—: pero en cuanto pienso en lo gran amiga que eres, se me pasa. Y también en cuanto recuerdo que el hecho de que los demás tengan algo bueno no hace peor lo que yo poseo. Creo que el sentir inseguridad en una misma teniéndote al lado puede ser algo natural, pero quien no sepa ver más allá de eso se está perdiendo el conocer a una magnífica persona.

Me sentí un poco tonta diciendo esto, no sé por qué. Pero ella sonrió y acogió con agrado mis palabras.

—Muchas gracias por ser sincera conmigo, Tamara. Significa mucho para mí. —Hizo una pausa—. ¿Te acuerdas de la noche que vimos a aquel grupo en el Tijuana? ¿Los que no me devolvieron el saludo?

Asentí. Por supuesto que me acordaba. Siempre me había preguntado qué había ocurrido.

—Pensé que eran mis amigos. No los conocía desde hacía mucho tiempo, pero parecía que me aceptaban en su grupo. Hasta que… —carraspeó y tragó saliva. Noté que le costaba hablar de eso y la animé con la mirada—, hasta que un día coincidió que solo salimos por ahí tres de los chicos y yo. Bebimos más de la cuenta y estábamos bastante achispados. Entonces uno de ellos me tocó el culo como de broma. No le di más importancia en el momento, pero cuando íbamos de regreso a casa volvió a hacerlo y le dije que no lo hiciera más.

Respiró hondo y prosiguió:

—Entonces los tres se empezaron a reír de mí, diciendo que era una estrecha y que si no era aquello lo que iba buscando. Me dijeron que siempre vestía como una puta y que los miraba con ganas. Dios, Tamara, ¡era mentira! —Por supuesto que lo era. Vanesa no viste especialmente provocativa, pero es que en realidad todo en ella lo parece.

—¿Y qué ocurrió? —la animé a continuar.

—No mucho más. Otro, uno que tenía novia además, de pronto me arrinconó contra la pared e intentó besarme, pero iba tan borracho que solo con empujarlo me lo quité de encima y salí corriendo. Al día siguiente me llamó su novia, otra chica del grupo a la que consideraba

mi amiga, poniéndome a parir. Intenté explicarme, pero se creyó la versión de ellos tres. No sé qué coño contarían, pero fuera lo que fuese, es mentira. Yo simplemente quería encontrar amigos, amigos de verdad…, y pensaba que lo había hecho. Aquella noche salí a pasarlo bien y nada más. No pretendía… ya sabes.

—Claro que lo sé. Tú no eres así. Deja que piensen lo que quieran. Ellos se lo pierden.

—Sí, lo sé, pero… es duro cuando la gente te rechaza así.

—Me lo imagino. Pero céntrate en las cosas buenas, ¿vale?

Sonrió.

—Desde luego que sí. Tengo mucha suerte de haberos encontrado.

—La suerte es nuestra —dije, y no lo dije por decir. Vanesa es una persona increíble.

Nos quedamos mirando en silencio, con una media sonrisa en nuestros labios.

—¿Estás mejor? —preguntó con voz animosa—. ¿Lista para ir a la playa?

—¡Preparada y dispuesta! —exclamé—. ¿Y tú? —Y cuando ella asintió con la cabeza, me levanté con énfasis del sofá.

La charla me había sentado bien. Vanesa tenía razón en todo lo que había dicho. No me iba a rendir, iba a terminar de corregir «la niña de mis ojos» y seguiría escribiendo y enviando mis escritos a concursos y editoriales. Y ya se vería lo que iba pasando. Sonreí cuando Vanesa se puso de pie también y le di un abrazo. Me sentía muy unida a ella en ese momento.

—Muchas gracias por todo —le dije.

Nos separamos y me miró con una sonrisa. Su cara estaba muy cerca de la mía, y me di cuenta de que tenía una pequeña peca debajo del ojo izquierdo. No me había fijado nunca.

Y, de repente, me besó.

Capítulo 18

—Aún no puedo creer que me besaras —le digo a Vanesa, cogiendo su mano.

—Pues ha pasado un año ya, así que va siendo hora de que lo hagas —me contesta con una sonrisa—. Aunque yo también me sorprendo a veces todavía. No sé cómo pasó…, pero me alegro de que ocurriese.

—Yo también…, si exceptuamos el incómodo momento posterior —digo, soltando una carcajada.

* * *

Aquel día, el-día-del-beso, como lo llamamos ahora, cuando Vanesa se separó de mí, cruzamos una mirada confusa.

—Yo… No sé qué ha pasado…, en qué estaba pensando… Perdona —se disculpó con un tartamudeo.

Yo estaba demasiado alucinada para saber si me había gustado o no, o si estaba enfadada o no lo estaba. Aún sentía en mis labios la calidez de los de ella y no podía hablar. Me miró con los ojos muy abiertos, aterrada.

—¡Di algo! —exclamó.

—Eh… No sé qué decir… Yo…

—¡Joder! —exclamó alguien a nuestras espaldas. Nos volvimos y vimos a Raúl acompañado de Noelia, ambos boquiabiertos.

En ese momento Vanesa corrió a su habitación y cerró de un portazo. Miré a Raúl, sin saber qué hacer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Noelia le apretó la mano y él se dirigió a ella— Ah, sí, el baño está en ese pasillo, la primera puerta a la izquierda. Es que veníamos a eso —me explicó.

Cuando estuvimos solos, volvió a preguntarme qué había ocurrido.

—No lo sé… Yo…, estábamos hablando. Y entonces pasó.

—Pero ¿quién besó a quién?

—Creo que ella a mí.

—¿Crees?

—No, estoy casi segura… Fue ella. Pero creo que me apetecía que lo hiciera.

—¿Te gustó?

Recordé la suavidad de sus labios rozando los míos. Había sido un beso dulce, inocente casi.

—Creo… creo que sí… —susurré.

Raúl enarcó las cejas.

—Tienes que hablar con ella —sentenció.

—¿Ahora? —me asusté—. ¿No sería mejor dejarla sola un rato?

Él negó con la cabeza.

—Creo que no. Se siente avergonzada. Tienes que decirle lo que sientes tú y saber lo que siente ella.

Asentí con la cabeza justo en el momento en que Noelia reaparecía en la estancia. Me despedí de ellos y me encaminé a la habitación de Vanesa. Golpeé la puerta con los nudillos.

* * *

Nos gusta recordar la historia. Por eso, mientras esperamos en la cafetería a que lleguen los demás, lo hacemos. Siempre llegamos pronto, pero no nos importa. Mientras me llevo la taza de café a los labios, alguien capta mi atención. Dudo un instante, pero cuando confirmo mi impresión, sonrío.

* * *

—¿Vanesa? ¿Puedo pasar? —pregunté con suavidad, asomando la cabeza por la puerta. Estaba sentada en la cama, con una expresión compungida en el rostro. Se encogió de hombros, como diciendo: «Haz lo que quieras».

Cuando me senté a su lado noté que el corazón me latía muy deprisa. Estaba nerviosa.

—¿Qué tal estás? —pregunté tontamente.

«Oh, genial, ¡qué pregunta más interesante!», me castigué.

—Mal. Lo siento mucho, Tamara, no sé qué ha pasado. No lo tenía planeado ni nada. Estaba allí y me sentí tan cómoda hablando contigo… Y luego nos abrazamos y… No sé cómo ocurrió, te lo juro. Te estoy hablando de que parece que todos los tíos solo me quieren para una cosa y que las chicas huyen de mí, y no se me ocurre otra cosa que besarte. ¡Dios, qué horror! Lo siento tanto…

—Tranquila —le dije. No nos mirábamos a la cara, estábamos demasiado cortadas. Jugueteé con mis uñas, reuniendo valor para continuar la conversación—. No me importó.

Esa afirmación hizo que Vanesa finalmente me mirase. Notaba sus ojos clavados en mí.

—¿No estás enfadada?

Sacudí la cabeza.

—No, yo… —Centré mi mirada en mis manos. Era incapaz de mirarla. Con un hilo de voz susurré—: Me gustó.

La oí tragar saliva y guardar silencio. Me sentí estúpida. ¿Y si a ella no le había gustado? ¿Y si pensaba que yo era…, qué sé yo, una pervertida o algo así? ¿Y si pensaba que era igual que esos chicos de los que me habló?

Entonces noté sus dedos cogiendo suavemente mi barbilla para obligarme a mirarla. Y, mirándome a los ojos, me dijo:

—A mí también.

Sonreímos nerviosamente las dos.

* * *

—¿Qué pasa? —me pregunta Vanesa cuando me levanto.

—La conozco —explico, señalando a una mujer embarazada que se dirige hacia nosotras. Ella no nos ve, pero cuando pasa por nuestro lado la toco con delicadeza en el brazo. Me mira y de repente sus ojos se abren mucho.

—¡Tami! —exclama—. ¡Dios mío, eres tú! —Y Susana y yo nos fundimos en un largo y complicado abrazo. Cuando nos separamos, sonreímos.

—¡Enhorabuena! —exclamo, mirando su prominente barriga. De pronto, recuerdo todo el sufrimiento que pasó cuando no se podía quedar embarazada. Todas aquellas lágrimas, las palabras amargas, las decepciones continuas—. No sabes cuánto me alegro… —Noto que los ojos se me humedecen.

—Gracias —responde, con los ojos también brillantes.

Nos quedamos calladas un momento, sin saber qué decir. Por suerte, Vanesa ofrece:

—¿Te apetece tomar algo?

Enseguida me doy cuenta de que ni siquiera las he presentado. Por supuesto, le he hablado a Vanesa de ella. Me animó en varias ocasiones a llamarla, pero nunca me he sentido lo suficientemente preparada. Pero ahora, al tenerla enfrente, es como si nada hubiera cambiado.

—Vanesa, esta es Susana. Susana, Vanesa.

Ambas se sonríen y se dan dos besos.

—Te quedas entonces, ¿verdad? —insiste Vanesa al ver que Susana duda. Intuye lo importante que puede ser para mí.

—Vale, sí, si no molesto…

—Para nada, mujer —dice, separando una silla para que se siente —. Iré a la barra a pedir, ¿qué quieres?

—Un té, por favor —responde Susana mientras toma asiento—.

Gracias.

—Vale, un té. ¿Tú quieres algo, cariño?

Niego con la cabeza y se lo agradezco, no solo el ofrecimiento, sino también la intimidad que nos está dejando.

Cuando se marcha, me siento frente a Susana.

—¡Bueno, qué gran noticia! ¿Para cuándo lo esperas?

—Pues mañana salgo de cuentas, así que… espero que pronto —dice con una gran sonrisa.

—Es genial.

—Sí, y lo más gracioso es que al final lo conseguimos cuando ya no lo íbamos buscando.

—Vaya.

—Lo sé. Ricardo y yo aún no nos lo creemos.

—Me alegro muchísimo por vosotros, Susana, de verdad. Yo… siento no haberte llamado.

Ella sacude la cabeza y me mira con los ojos brillantes de nuevo.

—Yo también lo siento. Quería hacerlo, ¿sabes? Pero nunca encontraba el momento, siempre me parecía que había pasado *demasiado* tiempo… —soltó una risa amarga—, y eso no hacía más que añadir aún más tiempo al que ya había pasado.

—Eso también me pasó a mí.

—Cuando me quedé embarazada estuve a punto de hacerlo un par de veces. ¡Hubiera sido tan fácil!

—No lo pienses más. Lo importante es que ahora estamos aquí —le digo y, para zanjar el tema, pregunto—: ¿Niño o niña? ¡Si me dices que gemelos ya me muero!

Ella suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—No, no, nada de gemelos. Es niña.

—¡Estupendo! ¿Y ya tenéis pensado un nombre?

Se queda callada, mordiéndose el labio inferior, y me dirige una mirada tímida mientras asiente con la cabeza y sonríe. Cuando me doy cuenta de lo que quiere decir, exclamo muy contenta:

—¡¿Tamara?! ¿En serio?

Ella asiente con la cabeza, con una gran sonrisa en sus labios. Yo estoy a punto de echarme a llorar de la emoción y me levanto para darle un gran abrazo, lo que de nuevo me resulta complicado a causa de lo mucho que ocupa la «pequeña Tamara».

En ese momento veo a Vanesa acercándose, pero al vernos aminora el paso, temiendo interrumpirnos. Me separo de Susana y le hago un gesto para que se acerque.

—Adivina cómo se va a llamar la pequeña de Susana —le digo mientras ella pone el té de mi amiga en la mesa.

—Bueno, déjame pensar…, por la cara que tienes y ese abrazo tan emotivo, intuyo que va a llevar tu nombre —responde con una

sonrisita.

—¡¿A que es genial?! —exclamo con ilusión, y la abrazo a ella también.

—Lo es —me da la razón, y después un breve beso en los labios.

Con las emociones que estoy sintiendo, no me doy cuenta de que Susana no podría ni imaginarse que Vanesa y yo seamos pareja, así que cuando veo la expresión de su cara me echo a reír.

—Oh, es verdad, esto debe de parecerte raro.

Ella, siempre prudente, niega con la cabeza.

—¡No, no! ¡Para nada! Yo…, bueno, joder, ¡la verdad es que sí!

—Te acostumbrarás —digo, sentándome a su lado—. A nosotras nos costó un tiempo, no te creas —añado con una risita, dirigiendo una sonrisa a Vanesa.

Susana respira hondo y se toca la barriga mientras traga saliva.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupada. Por mi mente se pasa la idea fugaz de que la impresión le haya provocado el parto o algo así —. No habrás roto aguas, ¿no? ¿Llamamos a una ambulancia?

Ella frunce el ceño y suelta una carcajada.

—No, no, tranquila, no creo que vaya a dar a luz hoy…

—Pues quedaría genial que lo hicieras en este preciso momento. El día del reencuentro, ya sabes. Sería una buena historia para contarle a la pequeña Tami.

Vanesa y Susana se ríen.

—O para uno de tus libros —dicen a la vez, y todas soltamos una carcajada.

—Hablando del tema… —aprovecha Vanesa, mirándome—. Tú también tienes una gran noticia que contarle, ¿no?

Por un momento se me había olvidado. Llevaba unas semanas en las que no pensaba en otra cosa. Durante el último año había seguido el consejo que me había dado Vanesa el-día-del-beso. Había intentado no desanimarme cada vez que llegaba un correo de rechazo o anunciando que no estaba seleccionada entre los ganadores o finalistas de algún concurso. Por supuesto, no siempre lo había conseguido. Somos humanos y por ello imperfectos, pero la práctica conduce al éxito y, cada vez que sufría un rechazo, me recordaba a mí misma que estaba bien si seguía siendo feliz cuando escribía. Y lo era. Mucho. Y, precisamente cuando mi objetivo principal era simplemente ser feliz, llegó un correo de una editorial que aceptaba publicar «la niña de mis ojos». Era una editorial modesta que me ofrecía un contrato de un año y una primera tirada de cincuenta ejemplares. A mí me sonó a gloria. Quería que la gente la leyera, estaba muy orgullosa de lo que había escrito. Además, por su reducida extensión, es perfecta para personas ocupadas que apenas encuentran tiempo para leer. Cada vez triunfan más los libros de relatos o las novelas cortas entre gente que prefiere

leer una historia autoconclusiva, y no quedarse a mitad de la historia sin saber cuándo la van a poder continuar.

Le tiendo una tarjeta a Susana, que lee en voz alta.

—Día cinco de septiembre a las diecisiete horas en el *stand* de autores de la Librería Central, presentación de *Una NoMo del montón*, de la escritora novel Tamara Torres.

Abre mucho los ojos.

—¡Es genial, Tami! —exclama, y se inclina hacia mí para abrazarme, pero se lo impiden su barriga y su postura y me dirige una mirada de disculpa—. Date por abrazada. ¡Es emocionante! ¿Cómo lo has conseguido? Siempre te dije que tenías talento.

—Gracias —sonrío—. Me ha pasado casi como a ti. En el momento en el que menos lo buscaba, surgió.

—¡De aquí al estrellato, ya verás! —dice con ojos brillantes—. Por cierto, ¿qué es una *NoMo*?

Casi había olvidado esta parte de Susana. La parte divertida, la parte de ella que había eliminado su amargura permanente.

—Bueno, creo que me *conformaré* con amar lo que hago —digo, cogiendo la mano de Vanesa y guiñándole un ojo—. Y tendrás que leerte el libro para saber lo que es —añado, guiñándole un ojo a ella también.

—Lo haré. Recuerdo que tu madre siempre me decía: «Tamara tiene mucho talento. Solo necesita suerte».

Sonrío.

—Sí, suena como algo que haya dicho ella… Dios, tengo que llamarla, se va a alegrar un montón de que estés aquí, Susana. ¿Os importa?

—No, no, adelante.

Mientras espero a que conteste, susurro:

—Últimamente está un poco rara, no sé qué se trae entre manos.

—Mientras no te siga intentando buscar novio… —dice Vanesa con una sonrisa.

—¡Es verdad! ¿Qué dijo ella cuando se enteró de que vosotras…? Quiero decir, sería una sorpresa, ¿no?

En ese momento contesta mi madre y yo hago un gesto que da a entender que se lo contaremos después.

—¡Hola, mamá! —exclamo, contenta.

—Sí… Dime… Dime, cariño. ¿Ha pasado algo?

Noto su respiración agitada.

—¿Estás haciendo deporte? —pregunto con curiosidad. La verdad es que no me imagino a mi madre subida a una bici sudando la gota gorda, pero por su voz cualquiera lo diría.

—Sí… Oye, cariño, ¿es urgente?

—Eh… no, urgente no.

—Entonces te llamo después.

Y cuelga. Frunzo el ceño.

—¿Se habrá apuntado a un gimnasio y a eso viene tanto secreto?

Vanesa se encoge de hombros.

—Bueno, contadme la historia de cómo reaccionó tu madre, anda —pide Susana.

* * *

Había preferido contárselo yo sola. No tenía muy claro cómo iba a reaccionar y no quería que Vanesa se sintiera incómoda. Ella hizo lo mismo con sus padres.

Estaba comiendo en su casa y saqué el tema con torpeza.

—Mamá, eh… Tengo que contarte una cosa.

Ella me miró con curiosidad.

—Claro, cariño, dime.

—Estoy… Yo… estoy saliendo con alguien.

En su cara se formó una gran sonrisa.

—¡Eso es genial, cariño! ¿Y desde hace cuánto? ¿Cuándo lo voy a conocer?

—Desde hace seis meses. El caso…, el caso es que no sé si te va a gustar.

—¿Por qué no? ¿Acaso te trata mal?

—¡No! —me escandalicé—. ¡Al contrario! Es… Se porta muy bien conmigo.

—Entonces, si te hace feliz, me gustará, Tamara, no te preocupes. —Se llevó a la boca el tenedor con un trozo de pescado—. ¿Quieres que quedemos para cenar un día?

—Sí, eso estaría genial —musité.

—¿Y cómo se llama? —preguntó. Parecía la pregunta más inocente del mundo, pero en ese momento tuve la impresión de que sabía hacia dónde pretendía llevar la conversación.

Me aclaré la garganta con dificultad.

—Vanesa —dije tan rápido como pude.

El vaso que mi madre tenía en la mano se quedó a medio camino entre la mesa y sus labios.

—¿Has dicho Vanesa? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Oh. Vaya. Es… Bueno, es una sorpresa, qué duda cabe —dijo riéndose nerviosamente. Fijó su mirada en el vaso que aún tenía en la mano y, mirándolo como si no supiera cómo había aparecido allí, lo dejó en la mesa—. No sabía que tú… ya sabes. Bueno, como siempre has estado con chicos…

Tragué saliva. Nos quedamos calladas las dos unos segundos.

—Cariño, ¿de verdad te gustan las chicas?

—Pues… me gusta *esta*.

—Ajá —dijo, nada convencida.

—Estoy enamorada de ella, mamá —afirmé, esta vez con más confianza. Pensé en sus ojos, en su sonrisa, y en cómo me entendía, cómo me apoyaba, cómo me hacía sentir—. Me he enamorado de una *persona* sin tener en cuenta su sexo.

—Ya, pero… Quiero decir… ¡Ya me entiendes!

Sí, claro que la entendía. Vanesa y yo nos preguntamos lo mismo aquel día en aquella habitación del apartamento de Maspalomas. Solo había sido un beso, pero ¿y cuando quisiéramos pasar a mayores? ¿Nos gustaría? La respuesta llegó poco a poco, pero fue un *sí* rotundo.

—Sí, mamá, me gusta —zanjé la cuestión.

Pasamos unos minutos en silencio. Yo sabía que ella estaba sopesando la situación. Finalmente dijo:

—Si tú eres feliz, yo también lo soy. Me alegro mucho por ti, cariño, y estoy deseando conocer a Vanesa.

* * *

—¡Vaya! —exclama Susana—. ¿Y tus padres también se lo tomaron tan bien? —preguntó, dirigiéndose a Vanesa.

—Bueno… A ellos les costó más tiempo hacerse a la idea, pero finalmente lo consiguieron.

—Me alegro —sonríe Susana.

—Hombre, ¿a quién tenemos aquí? —interrumpe de pronto la voz de Alberto, al que no habíamos visto llegar, de la mano de Patricia.

—¡Alberto! —exclama Susana, y se levanta para abrazarlo—. Aún no me había dado tiempo a preguntarle a Tami por ti. Te veo bien —dice, mirando a Patricia, que sonríe y se presenta.

—Yo a ti mejor. ¡Enhorabuena!

—Gracias. Ricardo y yo estamos muy contentos.

—¿Sabes que el bebé se va a llamar Tamara? —digo yo, con orgullo.

—¿En serio? Qué detalle —comenta Alberto.

Nos sentamos todos a la mesa cuando me suena el móvil. Es mi madre. Me disculpo y me alejo un poco de la mesa para que mis amigos puedan hablar con tranquilidad.

—Hola —le digo alegremente.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás?

—Bien, bien, ¿y tú? ¿Ya has terminado de hacer deporte?

—Más o menos. Sí. Bueno, dime, ¿qué querías?

O soy una paranoica o mi madre está echando balones fuera.

—¿Te has apuntado a un gimnasio o algo así?

Tarda un momento en contestar.

—No. No, cariño, no voy a ningún gimnasio.

—Entonces ¿qué hacías? ¿Correr?

Creo que en mi cabeza la respuesta es evidente, lo que pasa es que aún no me he dado cuenta.

—¿Te acuerdas de Arturo?

Hago memoria. Arturo… Arturo… ¡Ah, sí! El chico con el que me intentó emparejar mi madre.

—Sí. Oye, mamá, recuerda que Vanesa y yo…

—No, no es eso, no intento emparejarte con nadie. Y tampoco lo intentaba aquel día, aunque tú lo pensaras.

Frunzo el ceño. Poco a poco, las piezas iban encajando.

—¿Qué quieres decir, mamá? —en ese instante ya lo sé, pero necesito que me lo confirme.

—Arturo es mi pareja.

—¡¿Tu pareja?! —exclamo—. Pero, mamá, si es muy joven.

—¿Y qué importa eso?

—Pues… ¡Pues que es muy joven, mamá! Probablemente solo quiere tu dinero.

—Pero si tengo lo justo y necesario.

Eso es verdad. Entonces ¿qué andará buscando ese jovenzuelo en mi madre?

—¿Y desde cuándo? Quiero decir, ha pasado más de un año desde el día que lo vi. ¿Estáis juntos desde entonces?

—Sí. Más o menos.

—¿Y has tardado tanto en decírmelo?

—No sabía hasta dónde iba a llegar todo esto. Al principio pensé que sería temporal, ya sabes, una relación pasajera, nada serio.

—Pero ha pasado más de un año —protesto.

—Lo sé, lo sé. Me resultaba difícil decírtelo. Yo… no sabía cómo ibas a reaccionar.

—¡Pues cómo quieres que reaccione! Mamá, que ya no tienes edad para estas cosas, ¿eh?

—Pues por eso mismo no quería decírtelo —y cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano, ofuscada. La llamo y me cuelga. ¿Será posible? Le envío un whatsapp: «Cógeme el teléfono, jolín».

Vanesa, que ha notado mi agitación, se ha acercado a mí y le explico toda la historia. Se ríe.

—Cariño, tú no te das cuenta porque es tu madre, pero estás siendo una egoísta y una malpensada.

Frunzo el ceño.

—¿Te pones de su parte?

—No hay partes, Tamara. Tu madre tiene una relación con un

chico más joven que ella. ¿Y qué?

—Pues… —En realidad, no sé qué decir. Sé que tiene razón, pero me ha pillado desprevenida. ¿Acaso no tengo derecho al pataleo?

Miro el móvil y veo que ha contestado a mi whatsapp: «No te voy a coger el teléfono. Besitos, mamá». Sonrío cuando me doy cuenta de que debió de ser ese tal Arturo el que le enseñó a escribir correctamente los whatsapps. Recibo otro: «Te pido que no me juzgues. Soy feliz. Besitos, mamá».

Pues no, no tengo derecho al pataleo. Recuerdo que mi madre ha sido muy justa conmigo, tanto cuando le conté lo del aborto como cuando le conté lo de Vanesa. No tengo derecho a enfadarme con ella. ¿Enfadarme por qué? ¿Por haberse enamorado de un chico más joven? ¿En qué estoy pensando?

Me siento muy culpable. No he sido justa con ella y quiero disculparme. Le envío un whatsapp: «Si tú eres feliz, yo también lo soy». Le contaré lo de Susana más tarde. Apuesto a que le hace mucha ilusión, pero creo que no es el momento.

Cuando regreso a la mesa acompañada de Vanesa, veo que ya han llegado Raúl y Noelia y se han hecho las presentaciones oportunas. Espero que Noelia no haya dicho nada inconveniente, porque esta chica es una auténtica metepatas. La relación entre ellos marcha muy bien, desde el principio estuvo claro que eran muy compatibles y que se habían enamorado irremediablemente, pero a mí me molesta un poco esa torpeza que tiene. Aunque queda compensado de sobra porque en el resto de las cosas es un auténtico encanto.

—Bueno, veo que ya os conocéis todos —sonrío mientras me siento.

—Sí, y como siempre estos dos han llegado tarde —protesta Alberto en broma mientras señala a los recién llegados—. Son personas ocupadas.

—¡Eh! —protesta Raúl—. Intentar tener un niño consume mucho tiempo.

—Y energías —añado—. Estás demacrado.

Todos nos reímos. Raúl y Noelia apenas llevan un mes buscando que ella se quede embarazada, pero por lo visto dedican mucho tiempo diario a ello.

Noto que mi móvil vibra en el bolso y lo saco discretamente para leer la respuesta de mi madre: «Te quiero. Besitos, mamá». Sonrío.

—¡Oye! —exclama Noelia, mirándonos a Vanesa y a mí—, no lo había pensado nunca, pero… cuando queráis tener hijos, ¿quién de las dos se va a quedar embarazada?

Vaya. *Casi* lo echaba de menos. Cruzo una mirada con Alberto y ambos ponemos los ojos en blanco y, a continuación, soltamos una carcajada. Algunas cosas nunca cambian.

El reloj

Supongo que estoy muerto.

No es porque esté viendo una luz blanca y brillante que me atraiga, ni porque tenga la sensación de que mi alma haya salido de mi cuerpo y ahora me vea desde arriba, observando como los médicos luchan por salvar mi vida, ni ninguna gilipollez de esas.

No, es porque no puedo respirar, pero no me ahogo. Es una sensación curiosa esa de que tu cuerpo no luche por la ración de oxígeno que necesita.

Es que ya no lo necesito.

Al final me han cogido. Era de esperar. Recuerdo estar apretando con mis manos el frágil cuello de esa niñita que no tendría más de ocho o nueve años. Sus ojos me miraban con auténtico terror, ese terror que me apasiona; ese terror del que me alimento. Me sentía a punto de estallar de placer cuando oí un ruido seco que me paralizó. Antes de que todo se detuviera, aún tuve tiempo de ver al policía que me disparó.

Es igual. Ciento trece víctimas me parece una cantidad más que digna. Sonreiría si pudiera, pero dada mi condición me resulta imposible. Si quiero sonreír regocijándome con la cantidad de muertes que he dejado a mi paso, es que sigo llevando mi reloj.

* * *

Compré aquel reloj en una tienda de empeños. Lo vi en el escaparate y *me llamó.* No es una expresión hecha. El jodido empezó a taladrarme los oídos con su incesante tic tac, hasta obligarme a pegar mi cuerpo al escaparate para contemplarlo.

Tic tac, tic tac, tic tac, sonaba, y si hacía intención de alejarme del escaparate, el sonido se volvía más intenso, como si me estuviera chillando: *TIC TAC, TIC TAC, TIC TAC.* Pasé veinte minutos tratando de alejarme de allí —recuerdo el tiempo exacto porque no podía apartar mis ojos de ese reloj—, pero cuando me tapé las orejas con las manos, sacudiendo la cabeza para sacar de mí aquel estridente sonido que me iba a hacer estallar los tímpanos, supe que aquel reloj *tenía* que ser mío.

Entré en la tienda con seguridad y me atendió un amable anciano, que retiró el reloj del escaparate y lo puso en mis manos. En el momento en el que mis dedos rozaron la correa de piel, sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—¿Cuánto? —pregunté, sin más.

El viejo sonrió.

—Es un modelo único, importado de Irlanda. Tiene casi un siglo…

—¿Cuánto? —repetí, impaciente. Me daba igual cuánto me pidiera, iba a dárselo sin regatear siquiera, tal era mi necesidad de sentirlo rodeando mi muñeca. No podía esperar.

—Dicen que perteneció a un practicante de magia negra, ya sabe, esos que lanzan maldiciones y juegan con muñecos de vudú.

—¡Cállese! —grité. De verdad *necesitaba* ponerme ya aquel reloj. Sentía una atracción tan grande por él que llegaba a ser dolorosa, y aquel jodido viejo no hacía más que venderme la moto—. ¿Cuánto, cojones, quiere por él?

Percibí la duda en su mirada y, por un segundo, me sentí un poco culpable; pero enseguida se me pasó, cuando volví a sentir aquel dolor casi físico que me atormentaba.

—Mil euros —anunció, y juraría que le había añadido unos cuantos cientos por mi falta de educación—. Precio cerrado.

—Me lo llevo —dije sin dudarlo, mientras sacaba mi tarjeta de crédito.

Apenas hube realizado el pago, arranqué el reloj de las manos del viejo y me lo puse. Noté como se me erizaba el vello al sentir el contacto de la correa en mi muñeca. Fue un instante increíble. Por un momento, nada más importaba y nada más existía. Solo nosotros dos, el reloj y yo.

Al minuto siguiente, le propiné una paliza mortal al anciano. El reloj quemaba en mi muñeca y me pedía a gritos que lo hiciera —*TIC TAC, TIC TAC, TIC TAC*—, y no me lo pensé. Fue un impulso tan irresistible que cedí a él y disfruté como nunca lo había hecho, oyendo el crujido de los huesos del anciano al romperse, el sonido de la mandíbula al dislocarse; y el ver toda aquella sangre abandonando aquel decrépito cuerpo, sabiéndome el autor de ello, me hizo entrar en un estado de euforia total. Me convertí en una bestia: golpeaba, gritaba y desgarraba; y, cuanto más lo hacía, mejor me sentía. Cuando no quedaba ya nada que golpear, su cuerpecillo convertido en un despojo de sangre y vísceras, me adecenté lo suficiente como para no resultar llamativo y salí de la tienda.

* * *

Al llegar a casa, tras besar efusivamente a mi mujer y hacerle

cosquillas a mi hijo, decidí darme una ducha. Y fue al desnudarme y quitarme el reloj cuando todo se vino abajo. Consciente de haber arrebatado una vida con mis propias manos, un enorme peso cayó sobre mí. Me senté en el suelo, temblando, con la cabeza escondida entre las piernas, sin saber qué hacer a continuación. Y entonces…

tic tac, tic tac, tic tac,

aquel sonido, que ya me resultaba familiar, hablándome. Lo ignoré y proseguí en la misma postura, viviendo una pesadilla de la que no podía escapar.

Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

Sabía que el reloj me quería decir algo, pero yo lo ignoraba porque

no sabía qué quería hacer

y aquel aparato era el culpable de todo.

TIC TAC, TIC TAC, TIC TAC.

Lo miré, furioso. Había sido él el que me había empujado a cometer semejante barbarie. Él, que con su incesante sonido y sus manecillas marcaba a capricho cuánto tiempo nos quedaba a cada uno de nosotros. Él, que me había jodido la vida. ¡Él, maldita sea, él, el que me había convertido en un asesino!

TIC TAC, TIC TAC, TIC TAC, TIC TAC.

Me levanté, preso de una ira incontenible, y lo agarré con la mano, cerrando los dedos con fuerza. Levanté el puño, preparándome para estrellar aquel maldito chisme contra el espejo; pero entonces, de nuevo,

tic tac

sentí esa atracción imposible, irresistible. Abrí el puño y lo miré y, llorando, volví a rodear mi muñeca con su correa. Y entonces todo mejoró, porque ya no sentía aquella niebla ahogándome, ya no me sentía mal por ser un asesino. Porque tenía sed de sangre y debía saciarla y eso era lo único que importaba.

* * *

A partir de entonces apenas me he quitado el reloj un par de veces, ambas con idéntico resultado al primero. Aprendí a aceptar que éramos compañeros inevitables en esta vida, y eso estaba bien.

Nunca he dañado a mis seres queridos. Es más, nunca he sentido el impulso de hacerlo. Al resto de los seres humanos, sí. Como no siempre el momento es propicio, aprendí a controlar en parte ese impulso, posponiendo los ratos en los que me deleitaba con las orgías de sangre y placer. Ese proceso de aprendizaje fue duro, pero, como a todo en esta vida, se termina uno acostumbrando. Por suerte, aunque los impulsos siguieron siendo intensos, nunca lo fueron tanto como el que sentí la primera vez que me puse el reloj. Aquel ímpetu fue

irrefrenable. Probablemente hubiera matado a cualquiera que se me hubiera puesto delante; hubiera dado igual su condición física o su habilidad. Esa bestia que salió de mí hubiera hecho desaparecer a cualquiera.

Mis víctimas han sido muy variadas, y la forma de matarlas también. Normalmente disfruto más cuando arrebato sus vidas con mis manos, sintiendo el débil pulso de sus cuellos extinguirse lentamente. Me gusta ser el receptor de sus últimas miradas. Las he visto de todo tipo: de terror, como la de la única víctima que ha conseguido salvar su vida; de sorpresa, como la que me dirigió la profesora de mi hijo; de incredulidad, como la de una amante en particular que iba a hacer peligrar mi matrimonio…

Otras veces simplemente encuentro la ocasión y la aprovecho: una calle casi desierta en la que empujo al hombre que está a punto de cruzar justo en el momento en el que pasa el único automóvil que probablemente pasará en toda la noche —el sonido de un cuerpo chocando contra el parabrisas de un coche es como una pieza musical —; un vagón de metro en el que solo viajamos yo y un pasajero que dormita —el tacto de un cuello al romperse es algo digno de experimentar al menos una vez en la vida—; cosas así.

* * *

Un sonido me saca de mis pensamientos.

Así que cuando estamos muertos sí que podemos oír. Es un dato a tener en cuenta.

Unos pasos suaves se acercan a mí, y después una voz que no reconozco dice:

—Cuando estén listos, avísennos para trasladar el féretro.

Deduzco que estoy en el tanatorio. Me pregunto por qué entonces mi último recuerdo es sobre el policía. Siempre he tenido curiosidad por saber cómo preparan los cuerpos para que resulten más agradables a la vista de los familiares. Es una pena habérmelo perdido.

Alguien empieza a sollozar, y reconocería ese llanto en cualquier lugar del mundo. Es Carla, mi mujer.

—Mamá —dice la voz de mi pequeño. Tan solo tiene ocho años y ya tiene que enfrentarse a la muerte de su padre. Eso es lo que más siento.

—Mamá —repite Daniel—, ¿puedo quedármelo, por favor?

—Claro que sí, cariño —contesta ella—. Estoy segura de que papá así lo querría.

Una alerta empieza a sonar dentro de mi cabeza y quiero gritar que no, *NO QUIERO QUE SE LO QUEDE*, pero de nuevo, mi condición actual no me lo permite.

Apenas alcanzo a escuchar la voz de Carla susurrándome: «¿Cómo has podido hacerlo?, ¿cómo? Una niña pequeña… ¿Qué se te pasó por la cabeza?», cuando la voz de Daniel afirma, con un rastro de pequeña ilusión envuelta en una gran pena:

—Cada vez que mire la hora, me acordaré de él, mamá, nunca le olvidaré.

Y yo busco fuerzas para gritar que no lo haga, que no se ponga el reloj,

QUE NO SE PONGA EL MALDITO RELOJ,

pero mi cuerpo me lo impide, y esta vez sí es como si mi organismo buscase oxígeno y no lo encontrara, y siento que me estoy ahogando,

me estoy ahogando y no puedo hacer nada porque Dani se va a poner el reloj,

se va a poner el reloj y yo me ahogo y no puedo hacer nada.

* * *

Tic tac.

—¿Vamos, Daniel?

Tic tac.

—Espera.

TIC TAC.

—Dame un abrazo, mamá. Necesito… necesito abrazarte fuerte, ¡necesito abrazarte muy muy fuerte!

TIC TAC, TIC TAC.

—Claro que sí. Ven aquí, cariño. Todo va a estar bien, ya lo verás, todo va a estar bien.

AGRADECIMIENTOS

Es curioso como lo que conocemos como «el bloqueo del escritor» se me presenta justo en esta parte. Por un lado, porque hay muchas personas a las que quiero dar las gracias y temo olvidarme de alguna, y, por el otro, porque si las mencionara a todas, me extendería demasiado. Por eso intentaré ser breve.

En primer lugar, quiero dar las gracias a Adelaida Herrera, la responsable editorial de Click Ediciones, que me ha llevado de la mano durante todo este proceso y me ha solventado cada duda con paciencia y profesionalidad. También a Laura Ayala, la magnífica correctora que ha pulido con mimo cada una de mis palabras y de la que estoy aprendiendo muchísimo. Por supuesto, estoy muy agradecida a todos los demás grandes profesionales que han trabajado para dar forma de libro a un manuscrito que tenía muchas ganas de ver la luz.

Gracias a Joan Bruna, el primer agente literario que se interesó por *Una NoMo del montón*, y a la agencia Sandra Bruna. Valoraron muy positivamente el manuscrito, pero al final no pudo ser. Recuerdo que Joan me dijo: «Te deseo mucho éxito y suerte con la novela, que seguro ha de tener su camino, y sobre todo no te rindas con ella, ya que los tiempos pasarán y seguirás teniendo una magnífica novela». Y ese fue el empujón que necesitaba para enviarla a Click Ediciones. Gracias, Joan.

Gracias a Jandro, mi pareja y «lector cero». Da igual lo que escriba: misterio, terror o *chick-lit*; siempre es el primero en leer lo que escribo.

Gracias a mi hermana Diana, que me aportó unas magníficas sugerencias para esta novela.

Gracias al resto de mi familia: a mis padres, por inculcarme esta afición tan preciosa y por leer el borrador de *Una NoMo del montón* a pesar de no ser su temática preferida; a mi madre, en concreto, porque sus simpáticos whatsapps inspiraron los que aparecen en esta novela; a Julio, por la ilusión que ha demostrado con cada paso que he dado con este libro; a Jose, porque, medio en broma, siempre dice que cualquier día triunfaré, y eso, quieras que no, anima mucho; a Aston, porque solo con pensar en él entro en el estado de ánimo adecuado para escribir; a Margarita, Yoli, Begoña y Montse por interesarse tanto

por mis libros.

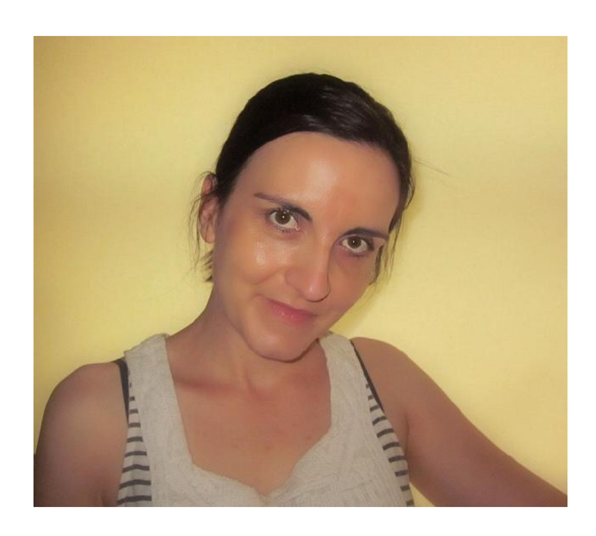
También quiero darle las gracias a César Romero, escritor, compañero de fatigas, por esos innumerables correos en los que hablamos de nuestros libros y por todas las críticas (sin pelos en la lengua) que ha hecho sobre mis escritos.

Por supuesto, gracias a los que habéis leído mis libros anteriores y pedís más. Sé que esta novela es un gran cambio de registro con respecto a lo que acostumbro a escribir, así que, si también os habéis animado a leerla, el agradecimiento es doble. Aunque no os nombre a todos, sí quiero darle un agradecimiento especial a Elena Bobadilla, ella ya sabe por qué.

No podían faltar mis amigos. Tampoco voy a mencionaros uno por uno, pero muchas gracias por escucharme con paciencia cuando os hablo de lo que estoy escribiendo, he escrito o tengo pensado escribir; reconozco que a veces soy un poco pesada con el tema.

Por último, y quizá el más importante de todos, gracias a ti, lector, por emplear tu tiempo en leer esta novela. Espero que hayas disfrutado con ella y que nos volvamos a ver muy pronto.

Biografía



Elena Garralón nació en Madrid el 8 de junio de 1981. Desde niña se sintió atraída por la lectura y la escritura, aficiones heredadas de sus padres. En el año 2014 decidió dar a conocer algunas de sus obras y se aventuró en el universo de la autopublicación, a raíz de lo cual recibió críticas positivas de diversos blogs y lectores que le hicieron ampliar sus horizontes y lanzarse al mundo editorial publicando su primera novela chick lit con Click Ediciones. Ha participado también en varios concursos literarios, y como resultado uno de sus relatos se proclamó finalista en uno de ellos y otro se incluyó en la antología benéfica Hijos del mal (Editorial Egarbook, 2016).

Escritora polifacética, sus trabajos abordan géneros y extensiones muy variados: relatos de diversas temáticas, novelas de ciencia ficción ligera, misterio o chick lit…, aunque, como lectora empedernida de thrillers psicológicos, la mayoría de sus ideas a la hora de escribir suelen identificarse más con este último género.

Amante de los animales en general y de los gatos en particular, en la actualidad convive con dos de ellos y con su pareja en Gijón, donde trabaja como auxiliar administrativo.

Facebook
https://www.facebook.com/ElenaGarralon/

Twitter
@ElenaGarralon.

BIBLIOGRAFÍA

- Cuatro momentos (2014): Autoeditado en Amazon.
- Doble realidad (2104): Autoeditado en Amazon.
- Chantaje (2016): Autoeditado en Amazon.

Una NoMo del montón
Elena Garralón

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16855-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com